
LORENZO SILVA

Tres mil metros en la noche

vidas.zip I (2009 -2010)



Lectulandia

Tomar un retazo de realidad y convertirlo en ficción literaria: ese es el reto al que se enfrenta Lorenzo Silva en esta cincuentena de historias escritas a lo largo de un año (entre la primavera de 2009 y la de 2010) para la edición digital de *El Mundo*. Un ejercicio para el que en ocasiones se pone en la piel de los protagonistas de la noticia y, en otras, en la de los involuntarios espectadores, en busca de un ángulo nuevo de reflexión sobre la realidad.

Así, en el relato fundacional de la serie, escrito justo después de los atentados del 11-S, un trabajador de la torre norte duda si enviar un informe a Frankfurt aun después de haberse estrellado el primer avión en la torre sur. En otro, un hombre que ha sufrido maltratos por parte de su novia ve en televisión cómo el juez decano de Barcelona es acusado de violencia doméstica. En un tercero, una enfermera comete un error que le cuesta la vida a un neonato. Hay historias no tan reconocibles, pero igual de adheridas a la realidad de la época que retratan: la del anciano obligado a jubilarse, la del especulador que ve cómo los inquilinos de sus cinco pisos dejan de pagarle por culpa de la crisis, la del hombre que se tropieza, incrédulo, con una funcionaria eficiente, la de la prostituta que ve en televisión cómo detienen al tipo que la chuleaba. Historias pequeñas y grandes historias sobre un mundo en constante cambio.

Lectulandia

Lorenzo Silva

Tres mil metros en la noche

Vidas.zip I (2009-2010)

ePub r1.0

Titivillus 26.01.16

Título original: *Tres mil metros en la noche*

Lorenzo Silva, 2011

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste

más libros en lectulandia.com

*Para Noe, compañera de estas
(y tantas otras) perplejidades.*

«Ver lo ínfimo se llama iluminación».

LAO ZI, *Tao Te king*

UNA NOTA SOBRE EL PROYECTO

Todo empezó, como tantas otras cosas, el 11 de septiembre de 2001. Ese día, y aún bajo la conmoción por el derribo fabuloso y criminal de las Torres Gemelas, me llamó Manu Llorente, de *El Mundo*, para pedirme una pieza sobre el atentado. Pero me propuso que hiciera algo diferente, no un artículo de opinión al uso, sino un texto de ficción literaria inspirado en lo ocurrido.

Así, en caliente, surgió el relato «Fijo en la pantalla», que por su valor como antecedente primero de esta serie de ficciones se incluye en el apéndice de este libro. El ejercicio era arriesgado (tratar de hacer literatura, es decir, de escribir algo que trascendiera) a partir de un hecho tan descomunal y cuando estaba tan reciente. Por eso resolví acercarme a dos historias pequeñas, a la vivencia y las emociones de dos personajes atrapados en medio de la barbarie y que con sus avatares individuales servían para dar otra dimensión, más asequible y próxima, a un acontecimiento universal. La experiencia resultó fecunda y estimulante. Ese relato viajó después a mi página web, donde lleva una década, y han sido muchos los lectores que me lo han ponderado en este tiempo.

Seis años después, Sonia Aparicio, de *elmundo.es*, me llamó para pedirme un cuento de Navidad, destinado a un especial que iban a realizar con motivo de las fiestas. Instintivamente, se me ocurrió lo mismo, o algo parecido a lo de 2001: buscar una historia que pudiera ser real, de un personaje que resultara emblemático de otros, para hacer una lectura menos convencional y consabida del tema navideño. Así nació «Campaña de Navidad», también recogido en el apéndice. Un año después, Sonia volvió a llamarme para pedirme otro cuento, en la línea del anterior, para su especial navideño de 2008. Y de este modo escribí «Y próspero 2009», con el que se cierra el apéndice al que vengo refiriéndome, y que ahondaba aún más, si cabe, en el enfoque de los dos precedentes, al tratar de indagar, a partir de dos personajes, en el gran acontecimiento planetario del momento: la crisis económica global.

Fue a partir de esta tercera experiencia cuando empecé a considerar la posibilidad de escribir de forma regular (la periodicidad semanal me pareció en principio plausible) una serie de ficciones inspiradas en la realidad inmediata, a partir de hechos noticiosos, en principio, pero también de otros que hubieran pasado inadvertidos, y protagonizados tanto por personajes anónimos o desconocidos como por otros que hubieran alcanzado, por el motivo que fuera, alguna clase de celebridad. Fui pronto consciente de los riesgos que implicaba una tarea como aquella. Por un lado, no podía saber *a priori* si todas las semanas encontraría una historia susceptible de convertirse en ficción literaria. Por otra parte, no estaba seguro de si yo mismo tendría el acierto, el talento y la frescura como para llevar a cabo el proyecto. Entre otras cosas, me empujaba a la duda mi relación más o menos conflictiva con el relato breve, que siempre me ha hecho preferir distancias narrativas más largas, y en particular la que representa la novela.

Sobre lo segundo, no me corresponde opinar y no lo haré. Sobre lo primero, la experiencia acumulada de 90 semanas (en el momento de redactar estas líneas), me permite decir que el problema fue más bien el inverso del que había temido que tendría: escoger, cada siete días, entre las múltiples historias posibles, y suficientemente poderosas, que iba deparando la actualidad.

Debo agradecer la casi instantánea complicidad con que Fernando Baeta y Sonia Aparicio, de *elmundo.es*, acogieron mi propuesta de publicar semana a semana estas ficciones, bajo el nada casual nombre de *vidas.zip*. Me parecía especialmente apropiado que esta apuesta por llevar la literatura a la prensa (tan inusual en España, fuera de los a veces rutinarios relatos de verano) la hiciera un medio digital, señalando así la diferencia que puede aportar respecto de la prensa tradicional en papel. Y que entre todos estos medios aceptara el reto el primero en difusión y audiencia de los que se escriben en castellano o español es un privilegio del que he procurado usar con rigor y con la debida prudencia.

No es fácil hacer literatura en caliente sobre hechos reales, en ocasiones dolorosos. Algún problema y alguna incompreensión me ha acarreado el intento: la gente no está habituada a leer textos literarios en los periódicos, los interpreta a veces en sentido demasiado literal y tiende a tomar todo por opiniones del autor, sin distinguir las voces de los personajes. Pero la experiencia fue tan enriquecedora que pronto surgió la idea de recoger anualmente, y mientras durase, el fruto de este proyecto en forma de libro.

Para que la idea se convirtiera en realidad conté de nuevo con los cómplices adecuados: mis editores de Destino, Emili Rosales y Sivia Sesé, que abrazaron al vuelo mi sugerencia. Gracias a ellos los cuentos publicados durante el primer año se han convertido en el presente libro, que nace con vocación de encontrar continuidad en otros sucesivos. Los relatos aquí recogidos se publicaron originariamente entre la primavera de 2009 y la de 2010. Sirven, para el lector curioso, como personal y peculiar crónica de esos doce meses, y con no demasiado esfuerzo puede rastrearse la mayor parte de las historias reales que los inspiraron. A su autor, la relectura le ha dejado la impresión de un tiempo convulso e incierto, pero, bien mirado, cuál no lo es, de un modo u otro.

No puedo dejar de anotar una peculiaridad que tiene esta primera entrega de *vidas.zip*, y es que nace antes en el nuevo soporte de libro electrónico que como libro de papel (al que, no obstante, también aspira). El gesto, que se me antoja simbólico y coherente con el origen de estas ficciones, es idea de Santos Palazzi, a quien le agradezco la más que pertinente sugerencia. Es la primera vez que uno de mis libros publicados por un editor es un archivo electrónico antes que un conjunto de páginas encuadernadas. Y quizá debía ser justo éste, fruto de la simbiosis feliz, al menos para su autor, entre literatura y ciberespacio. Sólo me resta desear que los lectores que encuentre coincidan en esta apreciación.

Pozoblanco-Viladecans-Madrid,

17-20 de diciembre de 2010

TRES MIL METROS EN LA NOCHE

Chadi reconoció a Hakim. La noche estaba oscura como boca de lobo, pero eso no era impedimento para él. Habría distinguido su olor entre el de otros cien, a cien metros de distancia. Como buen perro, celebró con alborozo la llegada del amo, sacudiendo la cola sin razonar (porque los animales no lo hacen) que el humano mal podría verlo. Sí oiría, en cambio, los gemidos de afecto que el chucho dejó escapar. Aunque vivía allí, en aquel yermo, sometido al trato áspero de las gentes de la tierra, Chadi era propenso a la ternura. De pronto, algo lo sacudió del hocico a la cola. Algo que rasgaba la noche, sin origen ni fin.

Hakim, acompañado por sus tres camaradas, caminaba con paso firme hacia la casa cuando oyó el plañido lastimero del perro. Le reconfortó, como suele pasar con cualquiera de esas sensaciones que le devuelven a uno al hogar. Llevaba todo el día fuera, tratando de transmitirles a los hombres la tensión necesaria, preparándolo todo para la llegada de los infieles. Muchos de los suyos, aunque fervorosos, eran combatientes inexpertos. Hakim, sin embargo, era a sus cuarenta años un guerrero duro como el pedernal. Ya podían prepararse esos mozalbetes yanquis que apenas acababan de cambiar la chaqueta del instituto por la guerrera mimetizada. Allí les esperaba un hombre que tenía la determinación de luchar hasta la victoria o la muerte. De repente, oyó cómo se quebraba en seco el lloriqueo del perro. Y, a la vez, un bufido. Instintivamente, encogió los hombros.

Steve observó a los cuatro individuos en la imagen de la cámara térmica. Caminaban envalentonados, al amparo de la noche negra. No podían imaginar que él, en la cabina de su birreactor cazatanques A-10 Thunderbolt, a tres mil metros de allí, los acababa de fijar en la cruz de tiro de su cañón de 30 milímetros. Uno de ellos llevaba fusil, blanco legítimo. No dudó. Dos ráfagas, 20 rotaciones por ráfaga; en total, 280 proyectiles de carga explosiva e incendiaria PGU-13. El retroceso del arma frenó el avión e hizo temblar la imagen. Esperó, confiado, a que se produjera el impacto. Aunque no lo sabían, esos hombres ya estaban muertos. El mecanismo de puntería calculaba a la perfección la parábola que describirían aquellos casi trescientos cañonazos.

Una milésima de segundo después, mientras Chadi saltaba a un lado y echaba a correr, vino la primera explosión. Y, en seguida, las demás. Chadi era un perro y no tenía noción del infierno. Por eso, y porque carecía del don de la palabra, no podría contarle nunca a nadie que lo había visto, aniquilando a su amo.

Hakim no vio nada. Se volatilizó en medio de la furiosa bola de fuego. Alá, misericordioso, le ahorró percatarse de que, con aquel enemigo que veía en la oscuridad y era amo de los cielos, de nada le había servido su fiera resolución.

SI YO FUERA JUEZ

La desgana con que Samuel había estado mirando la tele, desde que se sentara frente a ella con la bandeja de la cena, se trocó en vivo interés cuando la locutora pasó a dar cuenta de aquella noticia. Era, desde luego, una de esas que llaman la atención de cualquiera, del tipo «hombre muerde a perro»:

—El juez decano de Barcelona, acusado de un delito de violencia doméstica por presuntos malos tratos a su mujer.

Samuel subió el volumen del aparato. Según la información, el juez y su esposa, de profesión notaria, se habían enzarzado en una agria discusión en el domicilio conyugal, apenas cinco meses después de la boda y con motivo de una supuesta infidelidad del marido. La disputa había llegado a las manos y ambos se habían agredido y causado lesiones recíprocas, por lo que cada uno había presentado denuncia contra el otro. Según había trascendido, el fiscal pedía nueve meses de prisión para él y siete para ella, y que se denegaran las órdenes de alejamiento que cada uno había solicitado respecto del otro. Nada se sabía sobre quién se vería obligado a abandonar la vivienda común.

Los labios de Samuel dibujaron una sonrisa amarga. «Qué cosas», se dijo, «su señoría y la señora notaria, enfrentándose a los mismos problemas que tienen los pobres mortales». En ese momento, en el televisor aparecieron las imágenes del juez acudiendo a los juzgados para prestar declaración. Venía con quien debía de ser su abogado, un comprensible gesto de pocos amigos y menos ganas de ser captado por las cámaras. Sobre su mejilla eran claramente perceptibles los arañazos. Pero a Samuel le llamó más la atención otro detalle: el juez llegaba sin más compañía que su letrado defensor. Libre como un pájaro.

Para Samuel, tres meses atrás, la cosa había sido bien distinta. A él lo condujeron al juzgado dos guardias civiles, esposado, y a su abogado de oficio lo conoció allí, en un pasillo. También él tenía la cara arañada y había denunciado a su agresora. Pero a Samuel, en lugar de dejarle ir, le dijeron que conforme al protocolo de seguridad, y como su novia lo había denunciado también, se quedaría detenido hasta su entrega a la autoridad judicial, mientras ella regresaba sola al piso de ambos.

En vano protestó Samuel, en vano insistió en que comprobaran que las únicas lesiones que ella tenía, algunas magulladuras, eran compatibles con una reacción de defensa por su parte. En vano, en fin, se había contenido durante la bronca, mientras ella le gritaba, arañaba y golpeaba con todo lo que pudo encontrar. Era el presunto maltratador y ella, la presunta víctima, hasta que él no demostrara lo contrario. Así lo disponía la ley.

Esa noche, en el calabozo, Samuel pensó que en España la única manera de no acabar detenido si a tu novia le daba un ataque de ira era dejarse sacar los ojos. Pero había otra.

Ser juez.

ADIÓS, ESCOLTA, ADIÓS

Jorge lo vio llegar con la cabeza gacha. En su rostro había una sonrisa, y su mirada perdida en el dibujo del pavimento sugería alguna forma de filosófica resignación. Se lo había oído decir muchas veces, a esos interlocutores que se colaban de vez en cuando en su teléfono móvil, o a los que él convocaba con el mismo aparato, aprovechando el tiempo de los trayectos:

—Esto no es algo que seas. Simplemente, estás. Un día pasará, igual que vino. Me obligo cada mañana a recordarlo.

Jorge no tenía motivos para pensar que el hombre fuera insincero al pronunciar aquellas palabras, tantas veces a lo largo del tiempo que había pasado junto a él (aunque, a decir verdad, cada vez con menos frecuencia). Pero también recordaba otras conversaciones. Por ejemplo, aquellas de los primeros días, en las que a duras penas, cuando saludaba a alguien desde el mullido asiento de cuero, podía reprimir la satisfacción. A Jorge no le era posible verle la cara por el retrovisor (sólo el conductor podía, por el ángulo que formaba el espejo), pero imaginaba su gesto exultante cuando todos, incluidos los viejos amigos, se le dirigían con aquel rutilante tratamiento que le proporcionaba en tan sólo tres sílabas la certidumbre de haber llegado a la cima. Por mucha modestia que intentara exhibir, no podía negar que era un hombre ambicioso que disfrutaba, y no poco, al sentirse en posesión de su tan anhelado como merecido trofeo.

También se acordaba Jorge de las conversaciones de los últimos meses, cuando lejana ya la euforia un poco ingenua de los comienzos, el hombre del asiento de atrás había caído en otra especie de ingenuidad, la de creerse llamado a resolver cuestiones que nadie había resuelto antes, gracias a las singulares cualidades que a él le adornaban y de las que carecían sus predecesores. En cierto momento, Jorge habría jurado, incluso, que se olvidaba de eso que decía siempre, que aquél era un lugar en el que estaba, para dejarse llevar por la ilusión de que se trataba de un destino y una dignidad que le pertenecían.

Y ahora, de repente, ya estaba, o mejor dicho, ya no iba a estar nunca más. Aquella había sido la última reunión. Ahora lo llevarían de vuelta al despacho, para recoger sus cosas, y a la mañana siguiente ya se apoyarían en su sillón, y en el lugar de privilegio del coche blindado, unas nuevas posaderas. Alguien que también recibiría y haría llamadas que Jorge escucharía, guardándose para sí sus pensamientos. Porque eso, y abrirle y cerrarle la puerta a la autoridad, como acababa de hacer en ese preciso momento, era lo que se esperaba de un escolta.

Un espeso silencio se hizo en el interior del coche cuando estuvieron los tres dentro. El hombre del asiento trasero pareció regresar de una galaxia muy lejana y preguntó, humilde:

—Jorge, mañana por la mañana, ¿podrían ustedes encargarse de avisarme un taxi para volver a casa?

Era una petición extraña. Pero cómo no apiadarse.
—Faltaría más, señor ministro.

UNA MARIPOSA EN LA TETA

Mientras aprovechaba el tibio sol de aquella inesperada tregua en una primavera hosca y lluviosa, Frederic volvió a pensar en aquella polémica. No se le iba de la cabeza desde que había oído la noticia en la radio, a primera hora de la mañana, en medio de su sopor de insomne. Alguien había hablado de retrasar la edad de jubilación hasta los 67 años y todo el mundo se le había echado encima. Así iba el país como iba. De culo.

Frederic no se había jubilado hasta alcanzar el número que resultaba de invertir el orden de esas dos cifras: 76 años había cumplido en la brecha. Y si por él hubiera sido, aún después de esa edad, y a los 84 que ahora contaban sus huesos, habría seguido madrugando para ir al despacho, y manteniendo sus reuniones, y dirigiendo sus equipos, y tomando aviones que iban al Norte o cruzaban el océano. Pero se le había derrumbado de golpe la salud, postrándolo en aquella silla de ruedas, y había tenido que resignarse a que el destino le colgara las botas.

Siete años hacía, y Frederic seguía sin aceptarlo. Ahora su mundo acababa en su casa, llena de recuerdos del que ya no era. Desde que había enviudado, sólo tenía la compañía de Marcela, la inmigrante colombiana, asistenta para todo, que empujaba su silla rodante por aquella acera de sol del Eixample barcelonés. Sus hijos estaban demasiado ocupados, convertidos en réplicas más o menos afortunadas de él mismo. Como él años atrás, no tenían tiempo para ocuparse de mucho más que sus exigentes carreras o sus ahora apurados negocios. Con Marcela vivía, y de vez en cuando se desahogaba. Ella encajaba en silencio sus filípicas contra la ineptitud (tan evidente, *mare de Déu*) de los imberbes que ahora dirigían todo, desde el gobierno hasta la sucursal bancaria a donde acudía una vez por semana para que le rindieran cuentas de sus dineros. Cómo no iba a hundirse el barco, si al timón ya no había más que grumetes.

Marcela era atenta, cumplidora, respetuosa, pero tenía algo que a Frederic le perturbaba y que no se atrevía a mencionarle. Cuando llegaba el calor, se vestía con blusas que desabrochaba lo suficiente para que se viera el lomo de sus copiosos pechos. Y sobre el izquierdo, tatuada y bien visible, lucía una mariposa azul. No tenía más remedio que admitirlo: leal como se obligaba a ser a la memoria de su difunta Mercè, a Frederic habían llegado a obsesionarle, aquella teta y aquella mariposa. Marcela exhibía la silueta lepidóptera con toda naturalidad, sin darse cuenta (o eso parecía) de la conmoción que provocaba en el anciano. No podía evitar mirarla, por más que mirarla evitase.

Él, que había sido don Frederic para tanta gente, humilde y principal; él, que había movido millones y había decidido sobre cientos de personas, era ahora un pobre viejo hipnotizado por una mariposa en la teta de aquella sensual inmigrante. Pero eso significaba algo. Que aun con las piernas de plomo seguía vivo, joder. A sus 84, él no quería estar jubilado. Podía estar impedido por la enfermedad, pero inútil y

todo él nunca sería como esos vagos y esos llóricos que imploraban el retiro. Él quería morder las alas de aquella mariposa. Para empezar. Puta silla.

EL ESPECULADOR ESPECULADO

Roberto despertó sudoroso. Una noche más, y ya iban unas cuantas, no había podido dormir. Fue al baño y casi sin pensar se metió bajo el chorro de la ducha. Allí, con el agua caliente repicando sobre la tapa de sus atormentados sesos, la conciencia regresó con una nitidez áspera. Recordó lo que le aguardaba en cuanto se hubiera secado y vestido. Como mucho, podía retrasarlo hasta después de exprimirse sus tres naranjas y hacerse su café de todas las mañanas. Tenía que atreverse a encender el ordenador portátil, conectarse y hacer la comprobación. No quería hacerlo, porque temía; pero a la vez deseaba que llegara el momento de descubrir la verdad, por dolorosa que fuera. Ese acicate, la curiosidad, que algunas veces es masoquismo.

Quince minutos después, allí estaba. El café humeaba, le gustaba muy caliente. El zumo de naranja recién exprimido bajaba ya hacia su estómago, haciéndose notar en su tubo digestivo. Lo prefería frío y para eso tenía todas las noches la previsión de meter las tres naranjas en la nevera. Guardaba la dirección web entre los favoritos. La buscó e hizo clic sobre ella con el ratón. La conexión de Internet móvil era rápida, cuarenta euros mensuales bien invertidos. Apenas tardó un segundo en cargar la página. Ahora sólo quedaba teclear el número de usuario y la contraseña. Y al cabo de unos pocos segundos, lo sabría.

Titubeó lo justo. Le dio al teclado de prisa y pulsó Intro. La pantalla, implacable, le mostró la cruda, la rehuida, la ineludible realidad. El recibo estaba devuelto. Había llegado, al fin, el momento tan temido. El momento que alguna vez se había insinuado en sus peores pesadillas, y que siempre se le había antojado inimaginable. Aquella mañana acababa de completarse la catástrofe. Su quinto inquilino, siguiendo el ejemplo de los otros cuatro, había impagado el alquiler. Con ello se confirmaba que sus ingresos mensuales quedaban reducidos a cero euros.

Roberto había tenido, según se mirase, buena y mala suerte en la vida. Buena, porque nunca había tenido que dar el callo para ganarse el sustento. Sus padres le habían dejado en herencia tres pisos, además de la casa familiar. Con la renta de su patrimonio inmobiliario, Roberto no sólo había logrado atender sus necesidades, sino que había emprendido una carrera inversora que le había llevado a adquirir otras dos viviendas, que a su vez había alquilado ventajosamente, en tanto aguardaba la revalorización que le permitiera venderlas con buena ganancia. Pero ahora... Tenía cinco pisos arrendados por gente que había perdido su empleo y no le pagaba, dos hipotecas que se le habían comido ya todos sus ahorros y un futuro negro por delante. Siempre se había dicho que si venían mal dadas siempre podía vender alguno de los pisos, pero esa forma de pensar pertenecía al pasado. Ahora nadie vendía, nadie compraba nada.

Dio por perdidos los dos pisos hipotecados. Pero con eso no liquidaría la deuda, que el banco le seguiría exigiendo, y había que comer. Por primera vez en su vida, Roberto aceptó aquella idea espantosa, inverosímil: tenía que buscar trabajo.

La radio dio entonces la cifra. Cuatro millones de parados.

ABUELITA, DIME TÚ

El inspector observó detenidamente a la mujer. Según su documentación, contaba setenta y tres años. Los aparentaba, e incluso alguno más, aunque quizá fuera por el efecto de la sorpresa y el mal trago del encierro, que la habían mermado un poco. Su ropa, de distinguida marca y esmerado corte, se veía arrugada y sin prestancia, como si no estuviera demasiado acostumbrada a lucirla como el género merecía. El trabajo de peluquería que había dado forma y color a sus cabellos aparecía también algo arruinado. Rosario D. P. no se hallaba precisamente en el momento estelar en cuanto a su capacidad de seducción.

Pero tampoco puede decirse que intentara seducir, ni a él ni al resto de los que había pretendido influir con su aspecto. Sólo se trataba de distraer y desorientar, y ahora que el pastel que ocultaba había quedado al descubierto, ya no tenía sentido esforzarse. Por eso estaba así, desvencijada sobre la silla, con la mirada gacha y ausente, y en el semblante un gesto que oscilaba de la indiferencia a la abulia, no exentas de cierta aprensión. El inspector había revisado su historial delictivo. Estaba completamente limpia, nunca antes se había visto en una como aquélla. Por tanto, algo debía de haber en ella de la angustia del neófito, ese temblor frente a la novedad que ya han perdido quienes conocen de otras veces el ritual de la jaula. Con todo, Rosario mantenía el aplomo que a veces brota de la desesperación.

¿Era por eso, porque ya no esperaba nada de la vida, por lo que aquella mujer había aceptado aquel encargo? Con su disfraz de turista acaudalada, alojada en un camarote de primera, había cargado en su equipaje con la mercancía que ahora la sentaba en aquella silla y la ponía bajo la autoridad del inspector. Un puñado de kilos de cocaína de la buena, directamente recibida de Brasil, el nuevo y boyante centro distribuidor intercontinental, para ser repartida por los puertos donde tocaba el crucero que la llevaba a recorrer el Mediterráneo. Mala pata para ella que el eslabón anterior de la cadena estuviera vigilado.

El inspector le hizo la pregunta:

—Dígame. ¿No tiene usted nietos?

—Sí, ¿por? —la voz de la mujer sonaba extrañamente fría.

—Ese polvo era para fundirles el cerebro a chicos como ellos, que también tienen abuelos. ¿No se lo planteó nunca?

Rosario pensó entonces en sus nietos. Ese puñado de egoístas malcriados, dignos herederos de los dos haraganes que continuaban sangrándola, aunque ya sólo podía repartir una escasa pensión de viudedad. Recordó cómo Jessi, la pequeña, se había limpiado de la cara el último beso que le había dado, después de apoderarse sin gratitud del huevo Kinder que le llevaba.

—Con mayor motivo —dijo, para desconcierto del inspector.

La esperaban ocho años de cárcel. Deseó que a ningún tontaina compasivo le diera por soltarla por su edad. Allí la pensión iba a cundirle más que en la calle. Y

sería toda para ella.

ELOGIO DE LA FUNCIONARIA

La gestión, en sí misma, ya era bastante desagradable. Solicitar una certificación de divorcio. Tanto como pedir que la autoridad acredite, a todos los que la vieran y entendieren, que el interesado ha errado en una de las decisiones cruciales de la vida. Por eso a Armando, de entrada, le apetecía poco el trámite, pero cuando vio la cola de cincuenta personas que había a las puertas del Registro Civil a las ocho y cuarto de la mañana, cuarenta y cinco minutos antes de que la oficina abriera, se lo llevaron los demonios. Por si aquella multitud fuera poco, dos carteles pegados en la puerta advertían que había una funcionaria de baja y que a las 13.00 se dejaría de atender a quien no hubiera conseguido uno de los 20 números que se repartían en el momento de la apertura. Armando observó a la concurrencia. En un ochenta por ciento, inmigrantes. No dejaba de ser lógico, ellos protagonizaban el grueso de los partos, y buena parte de las vicisitudes sobre tutela y custodia de menores, que son el negocio fundamental del Registro Civil. Además de las nacionalizaciones y los trámites a ellas asociados. Seguramente eso explicaba el maltrato administrativo. Bastante tenía, aquella horda de indios, negros y moros, con respirar el aire de la Unión Europea.

Armando supuso (mejor dicho, habría apostado) que aquella oficina tendría un responsable que a las ocho y cuarto distaba de estar incorporado a su puesto de trabajo. Imaginó que a las once (dentro, cómo no, de esas ínfimas cuatro horas de atención al público), los funcionarios saldrían media hora a tomar un café. Y poco a poco se fue envenenando. Cuando a las nueve y cuatro minutos (ya sólo serían tres horas y cincuenta y seis minutos de atención al público) se abrió por fin la puerta y la cola de sufridos y dóciles administrados se apelonó a la entrada, estaba más que predispuesto a montar la de San Quintín.

Pero, entonces, sucedió un milagro. Al otro lado del mostrador sólo había una funcionaria. Cincuenta y muchos años, poca estatura, voz enérgica. En apenas un cuarto de hora liquidó la cola. Clasificó a la gente. Los que venían a hacer un trámite largo, a los que les daba un número. Los que venían a recoger un papel, a los que despachaba en el acto. Los que venían a hacer una gestión corta, a los que también atendía sobre la marcha. A Armando le pasó una breve instancia, donde sólo debía aportar tres datos, y le pidió que la rellenase. Luego se la recogió y le dijo que tendría la certificación en dos días. Armando osó alegar que su nueva vida estaba a 600 kilómetros. La funcionaria le dijo que si se lo acreditaba de algún modo tendría el certificado en dos horas. Sin dar crédito, Armando extrajo su DNI.

Dos horas después, con el certificado en la mano, Armando reparó en la tragedia. Aquella funcionaria no recibía del Estado mayor recompensa que los que con su desidia contribuían (incluidos todos sus jefes, hasta el ministro) a que en pleno siglo XXI, España tuviera una administración del siglo XIX.

UN MOMENTO DE INTEGRIDAD

Joaquín se echó hacia atrás en la silla y exhaló un largo suspiro. Llevaba tres horas revisando aquel informe, o mejor dicho revisándole el formato, la tipografía y demás aspectos accesorios del texto para darle un aspecto más aparente. Porque en lo que se refería al contenido, bien poco podía aportar, y tampoco se esperaba que lo hiciera. El encargo que había recibido era bien claro: juntar doscientas páginas sobre el asunto en cuestión, con la única ayuda de un becario que era aún más ignorante que él en la materia objeto del estudio, y al que había puesto a cazar en Internet todo lo que pudiera servir para engrosar el tocho que debían entregar al día siguiente. Eso era lo verdaderamente importante. Su jefe se lo había explicado así:

—Doscientas páginas, encuadradas en bonito, bien impresas, quince copias. Para el viernes sin falta. Y que todo suene muy técnico, muy documentado, con muchas estadísticas y cosas de ese estilo. Por lo demás, no te preocupes. Las conclusiones son las que ya te he pasado, y no hace falta que tengan nada que ver con lo que cuentas en el mamotreto. No se lo va a leer nadie, sólo es para poderlo archivar y hacer el paripé.

El paripé, como lo llamaba su jefe, tenía precio. Y un buen precio, además. Nada menos que 165.000 euros, que era por lo que les había adjudicado el concurso la Consejería. En cuanto a lo que había detrás de esa decisión de transferirle a un particular semejante suma de dinero público, a cambio de algo que no tenía la menor entidad real, Joaquín albergaba alguna vaga sospecha, aunque no pensaba arriesgarse a hacer ninguna hipótesis. Su jefe tenía el carné del partido, y el proyecto que iban a respaldar suponía una operación de muchos millones de euros. Alguien estaba a punto de obtener una financiación buena, bonita y barata para algo, que en tiempos de crisis era como maná caído de cielo. Tan sólo hacía falta adjuntar un informe.

Pero a él le tocaba hacerlo, y firmarlo, y de pronto tuvo un prurito. Aquello era demasiado descarado. En el borrador que le había pasado el becario había saltos escandalosos. Para mejorar la ligazón entre dos bloques redactó a toda prisa unos párrafos. Le faltaban un par de datos, y le puso al becario un comentario en el archivo del documento para que los completara. El comentario, que habría de recordar toda su vida, decía así:

«Pablo, he metido aquí esto para que no cante tanto que todo esto es un recorta y pega de Internet. Rellena lo que falta».

Pablo cumplió el encargo. Lo que se le olvidó fue limpiar del archivo el comentario. Con tan mala fortuna, que meses después el asesor del partido de la oposición que revisó aquel informe, para rebatirlo, lo encontró y lo pasó a todos los periódicos.

Así fue como Joaquín se incorporó a las listas del paro. Y todo, según el resumen que hizo su jefe mientras le daba la carta de despido, por un inoportuno momento de integridad.

RAMBLA ABAJO

De pronto, Raúl reparó en que habían pasado veinte años. Había sido allá por el 89, en su primera visita a Barcelona, a la sazón todavía envuelta en la transformación para los Juegos. Fue entonces la primera vez que bajó por las Ramblas, desde la plaza de Cataluña hasta la estatua de Colón. Recordaba cómo, a medida que iba descendiendo, la acera se iba despoblando, hasta que al final apenas quedaban unos cuantos seres oscuros y de aspecto torvo, entre los que revoloteaban algunas busconas de las de antes, mujeres pintarrajeadas de edad indefinida, pero en general más cerca de los cuarenta que de los veinte, y todas, o casi todas, de origen autóctono. La imagen se le había quedado grabada porque había sido una de las veces en que más abruptamente se había sentido fuera de lugar. Él nunca había contratado los servicios de una prostituta, ni se le había pasado por la mente hacerlo, y de pronto se había visto en un paraje en el que ninguna otra cosa parecía que pudiera ir a procurarse.

Ahora Raúl era veinte años más viejo, y la ciudad también. Según decían, esos años le habían sentado bien, a Barcelona. Tras la apoteosis olímpica, se había convertido en un solicitado destino turístico. Enormes cruceros atracaban en su puerto cada día. Y en cuanto a las Ramblas, no era extraño encontrárselas como estaban aquel sábado por la noche. Atestadas de punta a cabo por una multitud formada principalmente por turistas que discurría más o menos atraída por los muchos reclamos que se ofrecían a su paso. Tenderetes, mimos y sobre todo, *lateros*. Vendedores de cerveza barata, para consumo de los europeos del norte que allí se aliviaban del oneroso gravamen que en sus tierras de procedencia el fisco imponía a la embriaguez.

De las desaliñadas Ramblas de veinte años atrás, como de la Barcelona de entonces, Raúl guardaba un recuerdo no exento de ternura. Aquel parque temático del ocio étílico que contemplaba ahora le producía una sensación de desasosiego, semejante a la que le embargaba cuando se contemplaba a sí mismo en el espejo. Supuestamente, él también había prosperado y, sin embargo, no era satisfacción lo que mirarse le producía.

Pronto empezó a verlas. Ahora no estaban abajo: iban y venían, en grupitos de dos o tres, muy rápidas y sin detenerse. Incluso hacían al trote el trapiche con los borrachos británicos a los que esperaban sacarles los euros. Eran muy jóvenes, eran muy negras, casi ninguna era muy alta. Raúl se preguntó de qué país de África vendrían, tan distintas de esas gigantas de ébano que se veían en los parques y los polígonos de Madrid.

Ahora, veinte años después, Raúl sabía ya lo que era pagar por abrazar la carne ajena. De hecho, por eso había ido allí. Pero al ver a aquellas negritas risueñas, casi infantiles, sintió removerse lo que las recias jornaleras a las que estaba habituado no le removían. Se acordó de aquel joven asustadizo, de aquella ciudad vacía y destartada. Y como veinte años atrás, pero por razones distintas, al llegar a Colón,

paró el primer taxi.

AL LADRÓN

Sara ya nunca iba a olvidarse de aquel examen. Y no porque lo llevara mal preparado, porque sacara una nota muy alta o muy baja, o porque fuera crucial en su carrera como estudiante. De hecho, lo hizo sin apuros, sacó un notable y todavía le quedaban muchos otros antes de enfrentarse a la vida adulta. Pero fue mientras estudiaba para aquel examen cuando vio por vez primera (y deseó que última) cómo mataban a un hombre.

La atrajeron a la ventana los gritos. Voces masculinas, que no entendía, pero que sonaban lo bastante airadas como para llamar la atención. Cuando se asomó, divisó a un hombre que llegaba a la carrera junto a un coche, le pareció que con intención de introducirse en él. Sin embargo, en lugar de hacerlo, se volvió y esgrimió dos cuchillos. Justo entonces llegaron otros hombres, los que lo perseguían. Al ver las armas en sus manos, retrocedieron, pero apenas unos segundos después algo impactó con contundencia en la cabeza del fugitivo y éste cayó a tierra, doblando las rodillas y soltando los cuchillos en el mismo acto. Con ademán inseguro quiso comprobar el daño causado por el proyectil. No pudo. Inmediatamente lo alcanzaron otros y entonces Sara pudo distinguir que lo que le estaban arrojando eran adoquines de la obra cercana. El hombre apenas resistió un par de impactos más, antes de caer inconsciente. A partir de ahí, se desató sobre su cuerpo inerte una lluvia de patadas, mientras la sangre que manaba de su cabeza empezaba a regar el pavimento. Sara llamó a sus padres, para que avisaran a la policía. Su madre la apartó de la ventana, y en ese momento Sara sintió algo bastante contradictorio: el espectáculo era horrendo, iban a matar a aquel hombre, pero le costaba dejar de mirarlo.

Y en efecto, lo mataron. La policía llegó cuando ya no había nada que hacer. Detuvieron a los homicidas, o a algunos de ellos. Sara leyó que el protagonismo del linchamiento se atribuía a dos magrebíes; los que gritaban en aquel idioma que no entendía, dedujo. El hombre muerto había intentado dar un atraco en unos salones recreativos de los que ellos, y alguna otra gente con mal pronto, eran clientes habituales. Una mala idea, un mal sitio, un mal momento. Los periódicos decían que el difunto era un parado con dos hijos, una hipoteca y sin antecedentes.

Tampoco Juan podría nunca olvidar ese día. La imagen de aquel hombre, con un cuchillo en la mano, buscando nervioso a quien debía ocupar el mostrador de los dineros, es decir, a él, que en ese momento no estaba en su puesto porque había ido al servicio. No podría nunca borrar el instante en que, al percatarse de lo que el otro intentaba, había dado en gritar instintivamente aquellas dos palabras, desatando sobre el infeliz, que no había sabido conformarse a las penalidades del purgatorio, todos los rigores del infierno. Aquellas dos breves, fatídicas palabras, que Juan pronunció ese día por primera y última vez:

—Al ladrón.

HISTORIA DE UN CÚTER

Luisa relejó otra vez su informe. Aunque estaba razonablemente segura de lo que afirmaba en él, quería tener también la convicción de que había logrado expresarlo de la forma más precisa. Las palabras técnicas le daban ventaja frente al profano, pero al final tenía que mojarse. Conocía bien, al cabo de quince años de profesión, la mentalidad de quienes iban a leer su escrito. Y sabía, también, que lo que ella sostuviera, si lo hacía con la suficiente rotundidad, podía resultar determinante.

Aquello era rotundo, desde luego. Y lo que estaba en juego, ninguna minucia. Si firmaba aquel informe y lo elevaba a la autoridad judicial, era muy posible que un hombre que estaba en la cárcel saliera libre. Y que una mujer a la que se había tratado como víctima pasara a ser inculpada. Fue consciente de lo que eso suponía: el poder de trocar el destino de dos personas, que el azar había puesto en sus manos. Por haber estado de guardia la noche que aquella mujer se había presentado en comisaría. Por haber examinado sus lesiones y escuchado su insostenible y atolondrada historia. Que su exmarido le había hecho con un cúter aquellas rajitas tan superficiales, tan paralelas y tan pulcramente dibujadas. En medio de un forcejeo, nada menos. Luisa había visto alguna vez la clase de heridas que causaba ese útil en las circunstancias en que la supuesta víctima describía haberlas recibido. Erráticas, oblicuas, profundas. Frente a un filo así, la carne tiene la misma consistencia que la mantequilla.

Eso decía en su informe. Y que las heridas que presentaba la víctima (de cúter, sí) obedecían a un claro patrón autolesivo. Luisa hizo un esfuerzo para que esta parte, la que iba a hundir a la mentirosa, sonara lo más fría posible. Que no se le pudiera achacar el más mínimo rencor por cómo había intentado tomarle el pelo. A ella, una profesional curtida en mil batallas.

Un cúter. Merecía que le fundieran los plomos por ignorante, además de embustera. Luisa se la representó haciéndose las heridas frente al espejo, con cuidado de no apretar la cuchilla. Sin sospechar que con aquel utensilio estaba escribiendo sobre su piel su propia sentencia, y la absolución del otro.

El cúter. ¿Se habría deshecho de él? Había estado tentada de pedirselo, pero tampoco lo necesitaba para fundamentar su conclusión. Imaginó que lo tendría todavía en su casa. Que sería uno de esos con mango de plástico fosforito que venden en los chinos. Y que en aquel momento estaría en un bote junto a unos cuantos bolígrafos, rotuladores o lápices de colores.

Luisa, como se comprobaría tras la intervención del objeto por orden judicial, acertaba en las dos primeras suposiciones. No así en la tercera. Mientras ella remataba su informe, la falsa agredida tenía el cúter en la mano. Ayudaba a su hijo a recortar un payaso, para un trabajo del cole. No cabía duda: tratándose de cortes sinuosos, iba mucho mejor que las tijeras.

EL AMOR EN EL CONTENEDOR

Ya estaba. Ahora ya no iba a chulearle más. Ahora ya era suya por los siglos de los siglos, y amén. Porque estaba muerta, y porque era él quien le había arrancado la vida. No se merecía menos; el tamaño de la falta, no aceptar que su primer deber era cumplir la voluntad de su hombre, justificaba el castigo.

El engorro, pensó entonces, era que cuando se acaba con una persona queda siempre un residuo indeseable y molesto: el cadáver. Ella ya no era nada, pero allí permanecía, sobre el suelo, ese despojo de carne, huesos y sangre del que había que disponer de alguna forma. Por un momento, la ira le hirvió en las venas. Ella, su ingrata y al fin desechada Carmen, debería haberse volatilizado después de dejar de servirle; después de forzarlo a tomar la medida extrema de liquidarla. Pero no, ahí estaba su carcasa vacía, haciéndole sentir con esos ojos abiertos a la nada que incluso muerta iba a seguir dándole por saco.

Pues no; no iba a salirse con la suya. Sin cuerpo del delito no hay crimen. Sin cadáver no hay asesino, o eso decían siempre en las películas. Y también había visto en la tele lo de aquella chica de Sevilla, a la que habían tirado a la basura o al río, ya no se sabía, y que había desaparecido sin dejar rastro. Allí no había río, pero siempre hay un vertedero. Y lo que el monstruo de la basura se traga, ya no lo encuentra nadie. Él lo sabía, que había trabajado unos meses en una contrata de recogida de residuos. En teoría había que ir depositando los cargamentos en un polígono previamente señalado, donde luego podían rastrearse los desechos de cada día. En la práctica, cuando el conductor llegaba al vertedero, después de toda la noche rodando por ahí y volcando contenedores en las fauces del camión, estaba tan hasta las pelotas que descargaba donde le salía de ahí mismo.

Para descuartizarla empleó lo primero que tenía a mano. Al principio le costó un poco; nunca había troceado un cuerpo humano y eso siempre da alguna aprensión. Pero en cuanto se fue soltando, dio vía libre a su rabia. Le cortó un par de dedos y se los metió en la boca. Le rajó el tórax y le arrancó los pulmones. La dejó irreconocible, y fue todo un desahogo. Por todas las veces que ella se había hecho la lista. Como cuando le había insinuado que podía acabar como sus dos parejas anteriores, con una orden de alejamiento y a las malas en la cárcel.

Lo que no sabía ella era que él ya le había dado a cuchilladas una lección a otra sabihonda, y que no le iba a dejar la más mínima oportunidad de ponerle una denuncia. Cuando la tuvo metida en cuatro bolsas, y echó cada una en un contenedor diferente, respiró aliviado. Era una pena que el amor acabara así, en el contenedor. Pero no iba a arruinarse la vida por ella.

Todo se fue al carajo por la crisis. Por su culpa la gente rebuscaba ahora en la basura. Así encontraron tres de las bolsas, y de ahí dedujeron lo demás. La muy zorra lo había hecho. Aun después de muerta, se las había arreglado para joderle.

LA PASTA DEL ENEMIGO

A Igor le habían dicho que era algo que no debía hacer. En los días siguientes a la acción, lo mejor, según los viejos del lugar (lo que tampoco era decir muy viejos, dicho sea de paso) era abstenerse de encender la tele y leer los periódicos. No iba a encontrar, ni en la una ni en los otros, ninguna información que le sirviera para su principal objetivo: mantenerse sereno y no caer en las redes de los que lo estarían buscando. Pero, desde pequeño, Igor había descubierto que la vida es más interesante si uno no hace siempre lo que le mandan. Así que puso la tele, y la vio. Delante del micrófono, con dos chavales que le sacaban la cabeza, entera y cabreada, desafiante, incluso amenazante, sin derramar una lágrima y atreviéndose a decirle, a él, a Igor, y a sus compañeros, que se prepararan. Que había otros combatientes como su marido abatido. No otros, sino muchos. Y que iban a ir por ellos hasta derrotarlos. Hasta acabar con ellos.

En ese momento, Igor se acordó de algo que había leído un par de años atrás. Un libro sobre los *gudaris* de los 80, aquellos que habían hecho una buena limpia entre *txakurras* y demás enemigos del pueblo. Lo había escrito uno de esos periodistas españoles que se llenaban la boca llamándoles asesinos y enaltecendo a los ejecutados, pero con todo no estaba mal traído y le había dado a Igor alguna idea sobre cómo eran y cómo funcionaban los que habían sostenido la guerra cuando estaban fuertes, o más fuertes de lo que eran ahora. Mencionaba el periodista a un jefe de comando al que detuvieron los *pikoletos* a sangre y fuego, como era en los tiempos duros el estilo de los de enfrente, y que en el calabozo había estado charlando con el oficial que había dirigido el operativo. Recordaba el jefe *txakurra* que el detenido se le había dirigido de igual a igual, de oficial a oficial, y que después, casi cordial, había acabado por decirle:

—Yo os entiendo. Yo soy un soldado, como tú, y estoy en mi sitio, la primera línea. Si yo fuera español, sería guardia civil.

Al leerlo, Igor pensó que podía ser una invención del periodista, pero siempre le reconcomió la duda. Podía suceder que aquel jefe histórico, que había enviado al otro barrio a un buen número de invasores españoles, hubiera acabado respetándolos. Y esa idea le resultaba desconcertante. Incómoda.

Ahora veía a esa mujer, y sentía que la respetaba. Porque tenía un par, porque era la mujer de un soldado y porque tenía toda la pinta de estar criando otros dos, con los que un día tendría que verse las caras. Y fugazmente, porque éstos eran deslices que rara vez se permitía, una nube oscura cruzó por su mente casi blindada. Un ejército es el temple de sus hombres, y también el de sus mujeres. Las que se quedan en casa y las que visten el uniforme. Por eso a Igor no le gustó nada ver a aquélla, hablándole a él, sin la palabrería de siempre, sólo diciéndole que la tenía enfrente, y que se preparase. No le gustó que le gustara la pasta de la que estaba hecha. La pasta del enemigo.

UNA DE BOMBEROS

Manuel escuchaba con atención al gran hombre. Con atención y con una pizca de apocamiento. No es que Manuel fuera un tipo lo que se dice propenso a acobardarse, pero en aquella situación era evidente que el gran hombre era el que dominaba el terreno, y él, Manuel, el que se hallaba fuera de lugar. Por aquellos jardines tan bien cuidados, en los que él no se atrevía a pisar sin mirar dónde ponía el pie, el gran hombre paseaba despreocupadamente cuando le daba la gana, fumando y echando la ceniza de la colilla allí donde primero se le ocurría. Entonces el gran hombre reparó en él, o más bien le hicieron que reparase, y se dirigió a Manuel con su voz grave y cálida:

—Y usted, ¿a qué se dedica?

Manuel escogió la forma más breve de responder:

—Soy bombero.

Limitar su respuesta a esas dos únicas palabras le permitió no atascarse. También fue su concisión del agrado del gran hombre, que no estaba allí para escuchar las peroratas de su ocasional invitado, sino sobre todo (y como en cualquier otra circunstancia, intuyó Manuel) para escucharse a sí mismo. Le bastó este pie para embalsarse a declarar, no tanto para su interlocutor como para la grabadora que registraba sus palabras:

—Mi trabajo tiene mucho de bombero. Sólo que yo tengo fuego todos los días. Varios, en realidad. Apenas apago uno cuando ya se me está encendiendo otro, si no me vienen a pares.

Manuel dudó apenas por un segundo si decir algo. Por ejemplo, que también en su trabajo había problemas todos los días, y días de más de un fuego y hasta de varios a la vez. Pero se dio cuenta de que eso no interesaba al gran hombre, y que a él tampoco le iba a servir de nada. Prefirió asentir mientras le miraba a los ojos. Eran unos ojos que siempre parecían estar buscando algo a lo lejos, pero que, pensó Manuel, quizá algún día habían sido también los de alguien que tenía cerca las cosas perentorias de la vida: la tierra, el plomo y la metralla que deben sortear los que están en la trinchera. No dudaba de que el gran hombre simpatizara con la tropa de a pie, pero estaba claro que ya nunca volvería a entenderla, si alguna vez lo había hecho. Ahora su mundo era el de los generales. Los que resolvían los problemas sobre un mapa, moviendo fichas que eran divisiones, en recorridos de centímetros que eran el sudor y el miedo para ellos invisibles de miles de hombres. El *hobby* de Manuel eran los juegos de estrategia. Pero eso nunca lo supo el gran hombre. Para qué iba a preguntar por las aficiones del bombero.

Al día siguiente, como tantos otros, los dos tuvieron fuego. El gran hombre resolvió: dijo a otro que dijera a otro cómo otros debían apagarlo. Manuel también resolvió: se metió en la casa, enchufó la manguera, respiró el humo fétido de los materiales en combustión, sintió el calor en su piel. Su fuego quemaba, manchaba, y

cualquier error al apagarlo comprometía su vida.

Mejor así. Manuel por nada del mundo quería que sus ojos miraran, vacíos, a lo lejos.

UNA HERMOSA COYUNTURA

El magistrado apoyó la cabeza sobre la almohada. Sabía bien que no se iba a dormir en seguida. Pero sus dificultades para conciliar el sueño no tenían que ver con que algo perturbara su conciencia. De hecho, la tenía muy tranquila. Tanto, como pocas veces la había tenido tras dictar una resolución.

Ésa era la razón, justamente. Hasta apenas diez minutos antes de meterse en la cama había estado dando forma al auto cuyas frases ahora no se le iban de la cabeza. Las había pulido y repulido al máximo, casi de forma obsesiva, porque le constaba que al día siguiente de que el auto se les notificara a las partes aparecerían citadas en todos los periódicos. De lo que se había sometido a su juicio, y de la necesidad de resolver en el sentido en que lo había hecho, no tenía la más mínima duda. Pero a todo había que darle forma y, en la fuerza de convicción que hubiera logrado desplegar en aquel texto, el magistrado se jugaba en cierto modo toda su carrera, de la que sin duda era el punto culminante. No es que estuviera nervioso, a ese respecto. Pero no había podido dejar de sentir la responsabilidad.

Cerró los ojos y repasó su vida. Una vida como tantas, en la que había habido aciertos y errores, momentos que recordaba con legítimo orgullo, otros que evocaba con fundada desazón, y algún otro que había preferido borrar sin más de su memoria. Ese momento, esa noche, se le iba a quedar grabado de forma indeleble. Y pasara lo que pasara, le embargaba la confortable certeza de que sería uno de los recuerdos que le seguiría ayudando a mirarse en el espejo por la mañana, incluso cuando todos los demás lo hubieran olvidado, cuando él mismo ya sólo fuera un jubilado despojado de cualquier autoridad.

Por eso, también, iba a tardar en dormirse. Porque era agradable recrearse en la sensación de estar construyendo esa futura representación retrospectiva, y quería llenarla de contenido. En la atmósfera climatizada de su dormitorio, después de haber dado cuerpo escrito a las razones por las que sentaba en el banquillo a aquel hombre poderoso, estiró los miembros y dejó que sus pensamientos fluyeran. Pensó, en especial, en aquellos que habían presumido que por una nimia afinidad ideológica, por una supuesta deuda de gratitud, dejaría de aplicarle al imputado la justicia que según su recto criterio mereciera. Los iba a poner en su sitio, a los que lo habían augurado movidos por la enemistad o la insidia, y también a quienes en ello habían confiado, convencidos de que todos los hombres tienen un precio.

Qué mal tasaban, no sólo su integridad, sino, sobre todo, su inteligencia. Exculpar a un culpable tan notorio, tan inhábil en el disimulo de su falta, y hacerlo contra su conciencia, habría sido un acto muy gravoso. Por el contrario, sentarlo en el banquillo le salía bien barato. El hombre no tenía poder para hacerlo destituir. Como mucho, perdía su favor. El favor de alguien a quien con su decisión arrimaba al despeñadero. Ya ves tú.

No se habían dado cuenta, bobos. Hay en la vida coyunturas hermosas. En las que

ser honrado, encima te conviene.

BOMBA DE INFUSIÓN

Era un acto sencillo. Elegir entre dos. Sin pensarlo, tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de acierto. Poniendo celo en ello, sólo quedaba el margen mínimo de error que hasta la acción humana más cuidadosa lleva aparejado. Porque siempre puede haber un imprevisto, una discontinuidad, una perturbación, una interferencia fortuita o catastrófica. El más diestro y atento acupuntor puede fallar estrepitosamente, si justo cuando va a clavar la aguja tiembla la tierra. La más aplicada alumna puede fallar en un sencillo test de verdadero o falso si al poner la cruz en la casilla algo la despista y da a la pregunta número 22 la respuesta que pensó a partir del enunciado de la 21.

¿Qué la distrajo? ¿Qué, una vez que esa distracción se produjo, le impidió darse cuenta de que se había distraído y retrotraer aquella maniobra a su principio? ¿O acaso se distrajo sin percatarse de que se había distraído? En las novelas lo llaman ausencias. Todos las tenemos alguna vez. Pero la mayoría de nosotros podemos estropear poca cosa con nuestros lapsus. No tenemos la mala suerte de que en nuestra labor se trate de escoger entre dos opciones que bombean vida o muerte, según se usen, a las entrañas o a la sangre de una criatura desvalida.

Bomba de infusión. Al escoger la que no era, las manos de aquella joven desencadenaron, entre otras para ella indeseadas e indeseables consecuencias, la difusión universal del término, hasta ese momento reservado a los especialistas. Así es la sociedad de la información. La víspera, 99 de cada cien encuestados en la calle no habrían sabido si se trataba de un artefacto sanitario o de un ingenio de destrucción masiva. Dos días después, cualquier transeúnte podría hacer un croquis. ¿Para bien o para mal?

Para nada, en lo que a aquella joven concernía, o en lo que tocaba al receptor de la infusión errónea y a sus familiares. Para nada, tampoco, en lo que se refería a quienes, siempre de modo teórico, ostentaban alguna responsabilidad superior sobre el suceso. Todo estaba bien: que sin experiencia en neonatos ella pudiera ocuparse de alimentarlos, que nada distinguiera (como sucedía en otros sitios) aquellas dos bombas de tan disímil función, que ante la emergencia de un niño muriéndose en la incubadora contigua sólo ella estuviera para cubrir lo otro.

Poco después de consumarse la desgracia, tras los primeros balbuceos ambiguos del equipo que sin éxito trató de reanimar al niño, un hombre gallardo salió a decir la verdad. No hubo ocultaciones, no hubo merodeos. Ese hombre, firme el ademán, sereno el gesto, ofreció a todo el mundo la cabeza de la joven, bisoña, distraída o a lo mejor, tan sólo, tímida enfermera, que ante la duda no supo ver que en una UCI de neonatos debía siempre preguntar, incluso cuando la enfermera veterana sudaba la gota gorda sobre otro bebé en parada cardiorrespiratoria.

El hombre gallardo se puso así de perfil ante la tragedia y se sumó al espantado público. Y su jefe. Y la jefa de su jefe. Dicen que la chica, la enfermera, pensó en el

suicidio. La vergüenza, como el riesgo, disminuye según se sube en la pirámide.

AHORA O NUNCA

La idea la tuvo el Jonathan. Y al Álex y a mí nos pareció en seguida una idea de puta madre. El Jonathan dice que la tía es una calentorra y que le va la marcha que no veas. Por eso, dice, se le ocurrió que con ninguna mejor que con ella para pasarnos un buen rato todos juntos. Por lo visto, la piba no sólo está predispuesta, sino que tiene otra cosa a favor: no anda muy sobrada de luces. Vamos, que es un poco retrasada, para entendernos, y piensa el Jonathan que no nos va a costar mucho comerle la cabeza. El Álex dice que son dos características que suelen ir juntas, que las que son un poco así también tienen la otra parte, lo de ser más abiertas para el rollo sexual. *Fulgor uterino*, dice el Álex que se llama en plan científico, que él lo ha visto en Internet. Pero bueno, digo yo, qué más da cómo se llame. Lo que importa es que les gusta el *ñaca-ñaca* más que a las otras.

Aunque, para mí, que a todas les gusta más de lo que dicen. Lo que pasa es que se reprimen o se hacen las estrechas, pero sólo cuando quieren y con quien quieren, que en el fondo todas son iguales, y al final, por mucho que digan que no, les pone hasta lo más bestia que les puedas hacer. Es lo que le dije al Kevin, cuando salió con eso de que a lo mejor era demasiado, los cuatro juntos, o bueno, uno detrás de otro. Como dice Álex, que también lo ha leído en Internet: al final, ése es el deseo secreto que tienen todas, y es lo que reconocen en los chats, cuando se confían porque el que habla con ellas no sabe quiénes son, o lo que responden en las encuestas donde también son anónimas.

Pero tampoco hace falta ninguna encuesta. No hay más que mirar los vídeos de Internet, la cara que tienen todas las que salen haciendo eso con varios, por mucho que al principio digan que no, y que si les van a hacer daño y todo ese teatro para despistar a los tíos. Luego, cuando al final se lo hacen, bien que disfrutan y piden más y más. Es una cosa que tienen las mujeres, en general, que yo lo sé por el Richar, mi hermano mayor: lo de decirte que no cuando lo que te quieren decir es que sí.

Por eso yo no le veo ningún problema. El Jonathan, que es el que ya se la ha tirado, dice que él se las arregla para traerla. Y luego es sólo cuestión de darle caña y ponerla a mil. Seguro que acaba haciendo como las de los vídeos, pidiendo que le demos más. Si trajéramos a otros cuatro, seguro que también tragaba. Vamos, que no veo por qué tenemos que cortarnos.

Y si pasa lo que dice el cenizo del Kevin, que la tía se resiste, pues nosotros seguimos. Y si pasa lo otro que dice, que luego la tía lo cuenta, pues siempre podemos decir que se lo ha inventado, que ella fue la que quiso y se arrepintió luego. Y si resulta que no nos creen, pues mala suerte, pero tampoco se acaba el mundo. Puede que sea un marrón, con los padres y demás, pero basta con aguantar un poco hasta que pase. No nos pueden hacer nada. Ni siquiera a mí, que soy el mayor. Hasta agosto no cumplo los catorce. Es lo que yo digo. Ahora o nunca.

MI CARRO ME LO ROBARON

Dieter abrió los ojos trabajosamente y miró la hora en el despertador de la mesilla de noche. Las 7.15. Había dormido bien, gracias al aire acondicionado, cortesía involuntaria del contribuyente. Helmut, su compañero, se había asegurado de que les reservaban un apartamento provisto de climatización. Su experiencia de algún que otro verano como turista en la costa mediterránea española le había enseñado que más valía no enfrentarse a cuerpo limpio al insufrible calor nocturno.

La verdad es que eran unos apartamentos bastante aparentes, en todos los sentidos. La piscinita, el espacio comunal, incluso la cafetería-restaurante que había en el propio complejo. Un lugar ideal para familias con niños, que constituían la inmensa mayoría de la clientela, y entre las que Dieter y Helmut, con su nada desdeñable envergadura y sus ropas de *sport*, pero tirando a serias (la inevitable americana, por ejemplo) desentonaban ligeramente. En el breve duermevela que aún podía permitirse (hasta las 7.30, ni un minuto más), Dieter se preguntó qué se imaginarían que eran al verlos, siempre tan arreglados, sin acercarse siquiera a la piscina (bueno, la víspera Dieter se había levantado a las 7 y había hecho unos largos matinales, pero sin testigos) y entrando y saliendo del complejo en aquel impecable Mercedes clase S, oscuro y siempre reluciente.

Las 7.30, ya no podía demorarse más. Se puso en pie y antes de entrar en el baño se acercó a la habitación en la que Helmut seguía roncando. Dio un par de golpes y aulló:

—*Guten Morgen, Herr Schellenberg.*

Helmut dio un salto en la cama. Luego gruñó y finalmente murmuró entre dientes una especie de buenos días.

Tras la ducha reparadora, Dieter se vistió. Al ir a ponerse la camisa, reparó en que estaba algo arrugada. Ni corto ni perezoso, fue a su maleta y extrajo de ella la pequeña plancha de viaje. En su oficio era importante dar buena imagen en todo momento y circunstancia. Sobriedad, solvencia, discreción. Incluso allí, en Alicante, en verano, mientras todos andaban en bermudas y chancletas, incluidos sus compatriotas, que eran quizá los más estafalarios de todos. Helmut había sugerido que debían vestir como ellos, para pasar más inadvertidos, pero eso era incompatible con el cumplimiento de los deberes de su puesto.

Mientras Helmut se aseaba, Dieter bajó a darle un repaso al coche. Tenía para ello un pequeño barreño en el maletero, y un juego de esponjas, bayetas y gamuzas. También el coche era, en cada momento, la imagen de Alemania. Y había que cuidarla.

Por eso el estupor de Dieter no conoció límites cuando vio que el coche no estaba. En un principio pensó que se había equivocado al recordar el lugar donde lo había aparcado. Pero eso era imposible. Estaba seguro. Siempre estaba seguro, de todo lo que concernía a su trabajo y al coche en particular.

Finalmente, Dieter hubo de aceptarlo. Lo inconcebible había sucedido. Sacó su móvil y marcó el número, resignado:

—Señora ministra, nos han robado el coche.

Iban a ser el hazmerreír de todos, allá arriba. Malditos españoles. Se merecían la crisis, la ruina y todo lo que les cayera.

EL REGUSTO DEL DEBER

X se despertó con las imágenes de la ceremonia de la víspera todavía en la retina. Había sido realmente emocionante. Todo aquel luto en la radiante tarde veraniega: los trajes y vestidos negros de las mujeres, las corbatas negras sobre las camisas blancas de los hombres. El contraste entre la luz y las sombras en su máxima intensidad. Las lágrimas que resbalaban por igual sobre las tiernas mejillas femeninas y sobre la aspereza de las masculinas. Las palabras que expresaban con resolución el hartazgo, la resistencia, el afán de prevalecer sobre la muerte.

Esa tarde, X no había tenido que hacer ningún discurso ni declaración, como otras. Se había limitado a estar, a ocupar su puesto, en las filas y en las fotos. Pero se sentía orgulloso de haber comparecido en la ceremonia. Había que estar allí.

Después de asearse y desayunar, X bajó a la calle para subir a su coche. Dos hombres flanqueaban el portal, un tercero le aguardaba junto a la puerta ya abierta del vehículo. En la acera de enfrente, X imaginó, sin verlo, al dispositivo de contravigilancia. Aquel despliegue revelaba hasta qué punto formaba él mismo parte de aquella contienda, y venía a atestiguar su posición en primera línea de combate. X respiró hondo y cubrió de prisa los pocos metros que separaban el portal de la calzada. Se deslizó en el interior del coche impoluto y blindado y se dejó caer en la superficie suave del asiento de cuero. La climatización y el suave ambientador propiciaban una atmósfera agradable. Allí, X paladeó el regusto dulce que produce cumplir el deber.

Z despertó también ese día con el recuerdo de la ceremonia fúnebre de la víspera. Había sido terrible y dolorosa. Enviar bajo tierra en una caja a aquellos dos chavales, tan llenos de vida y de confiado futuro apenas unas horas atrás. Para Z había sido, desde luego, un honor portar a hombros uno de los féretros. Pero un honor trufado de impotencia, rabia y desesperación. Firme en su puesto, Z apenas había prestado atención a las palabras que se decían en el acto. Las palabras de siempre, ante la cara compungida de los de siempre, sobre el cadáver aún caliente de los de siempre. Para él, toda esa gente no estaba allí. No estaba en la hora solemne como tampoco estaba en el día a día, en la intemperie del que tiene que salir a la calle con una diana pintada a la espalda, a ofrecer blanco sin protección. Había que soportar el paripé, pero él sólo pensaba en los dos hombres que llevaban en los ataúdes. En el que alzó en peso cuando llegó el momento. En esos kilos que poco antes eran una vida.

Tras desayunar, Z se encaminó a su coche. Solo y cerrado junto a la acera. Sucio, porque con los acontecimientos de los últimos días no había habido tiempo de lavarlo. Resignado a la inutilidad del acto, Z se echó a tierra y le miró los bajos. Cuando se levantó, vio la leyenda que una mano anónima había trazado sobre la mugre, acaso días atrás: *Lávalo, aceituno, que no encoge*. Ni se tomó la molestia de borrarla, pese al desdoro que podía suponer para un coche patrulla. Abrió la puerta y se metió en el ambiente ya recalentado del interior del vehículo. Y allí, solo y meditabundo, saboreó el regusto amargo del deber.

LA JETA EN LA FOTO

D.P.P. miró de reojo a su forzado compañero. Era un tipo triste, mayor, algo pasado de peso. Según el ojo experto de D.P.P., con más de una decena de antecedentes y alguna estancia en el talego a sus espaldas, alguien que no encajaba en el prototipo del delincuente profesional. No decía nada, ni siquiera alzaba la mirada del suelo. D.P.P. había reparado en que los maderos lo trataban con esa especie de precaución solemne que era normalmente indicativa de un delito grave. A lo mejor un asesino. Y si tenía que apostar, uno de los que se quitan de en medio a la propia parienta. A D.P.P. no le gustaban ni un pelo los que le levantaban la mano a una mujer, aunque por otra parte entendía que había ciertas ocasiones en que a un hombre podían cruzársele los cables y entonces ni el más pintado sabía cómo podía reaccionar.

Por eso, al individuo lúgubre al que se encontraba esposado no lo veía ni con respeto ni con desprecio, sino con un recelo a medio camino que era la actitud que la experiencia de la vida en el borde de fuera de la ley le había enseñado como más propicia para casi toda ocasión.

De pronto, sin embargo, en la mente de D.P.P. se abrió paso una inquietud. Si aquel tipo era un asesino, y si lo era de una mujer, a la entrada del juzgado habría circo. Al pensar en ello, D.P.P. ahogó una maldición. Calculó con dificultad por dónde podían ir. El furgón policial no tenía cristales y así era imposible orientarse. Pero hacía diez minutos que habían salido de comisaría. No podía faltar mucho para llegar. Entonces, con resignación, le habló por primera y última vez a aquel tipo al que el destino, nunca mejor dicho, le había ligado:

—Si no quieres que te saquen la jeta en la foto, súbete así la ropa antes de bajar del furgón. Estamos a punto de llegar.

El hombre le observó con cara de estupor y luego murmuró:

—Sí, tienes razón.

Y se preparó para ocultarse el rostro, imitando a D.P.P. Cinco minutos después, vino el momento. Las voces, el sonido de las cámaras disparándose, el breve recorrido casi a la carrera por la acera, mirando el suelo por encima de la camiseta para no tropezarse y rodar por el suelo como un idiota. Quince segundos casi eternos, en los que D.P.P. se preguntó, como alguna otra vez, por qué en los putos juzgados no hacían aparcamientos subterráneos para evitar aquellas movidas tan absurdas.

Después de tomarle declaración, el juez puso a D.P.P. en libertad. Esta vez era una chorrada, por suerte. Al día siguiente se vio en todos los periódicos, esposado a aquel tío. Que no había matado a su mujer, sino al novio de la susodicha, y que por lo visto era delincuente de largo historial. Pero claro, pensó D.P.P., no es lo mismo un palo que un muerto. Para comerse eso, por mucha carrera que se lleve, nadie está listo.

Le dio por saco verse así, en todos los periódicos, y encima con los pantalones caídos y los gayumbos asomando. Un par de días después llevaron a unos políticos corruptos ante el juez. Los trataron como a D.P.P. y al otro, es decir, como a cualquier

presunto, y los políticos se quejaron por haber salido esposados en la foto. A D.P.P. le entró la risa. Peor era lo suyo, que ni siquiera era noticia. Si no querían verse retratados con la pulsera puesta, que se hubieran tapado la jeta. Como todos.

PERDIDA EN EL PARAÍSO

Edith no se llama Edith, pero eso no importa mucho. Tampoco importa demasiado que diga ser de Sierra Leona, aunque naciera en Nigeria. Es lo que le mandaron que contara, cuando le preguntaran los hombres blancos. También le explicaron por qué: porque en Sierra Leona hay guerra y podía pedir asilo, aunque no hubiera muchas esperanzas de que se lo concedieran. De todos modos, como en seguida descubrió, no iba a necesitar permiso de residencia ni de trabajo en Europa. Nadie se lo ha pedido nunca, en los parques, las esquinas o los polígonos industriales donde lleva tres años prestando sus servicios, desde que la recogieran una fría noche de las aguas del Estrecho.

Edith se acuerda ahora de aquella noche. Del miedo en la oscuridad a la inmensa fuerza del mar. De las luces de la patrullera que interceptó su patera, y de los focos del puerto, donde una voluntaria de la Cruz Roja le dio su bienvenida oficial al Primer Mundo. Recuerda también las horas que pasó en el centro de acogida de inmigrantes de la isla de las Palomas, donde otra voluntaria le dio de comer y de beber y le dijo que no tuviera miedo, que ya había cruzado, que lo malo había pasado y ya estaba en el paraíso, donde podría permanecer, aunque fuera sin derecho, hasta que el tiempo o alguna circunstancia propicia (¿una nueva regularización masiva, tal vez?), le permitieran obtener el papel que la protegiera de la expulsión.

Ingenua chica aquella. Porque lo que a Edith le esperaba no era sino el lugar del que había partido, en su más oscura y siniestra expresión: aquel chulo, compatriota suyo, cuyo número de teléfono móvil traía en una bolsita impermeable cosida al interior de su ropa. En cuanto la soltaran, Edith debía llamar a ese número. Y eso hizo, y desde entonces duraba la pesadilla, en la que la única distracción, si así podía llamársele, era dar placer a los hombres blancos que la compraban y poseían sin saber (¿sin querer saber?), lo que realmente estaban pagando.

O lo que era aún peor: servirle de desahogo a aquel canalla de su misma lengua y su misma piel, que antes de usarla, como para crearle una ilusión de algo, se la llevaba de paseo en el reluciente deportivo alemán que había comprado con la sangre de sus esclavas. Pero cuando terminaba todo, él se volvía a poner su ropa cara y la dejaba otra vez en la calle, con el recordatorio del dinero que aún le quedaba por levantar a golpe de cadera para ganarse el derecho a disponer de su propia vida.

Por todo eso, y alguna otra cosa más, hoy Edith está feliz. Lo ha visto dos veces, en las noticias. Esposado, cabizbajo, entre dos policías de uniforme. Han caído, junto a él, otros cincuenta. Nunca creyó que los polis blancos se preocuparan de averiguar quiénes las explotaban, y mucho menos de investigar dónde se escondían, quiénes eran, cómo movían el dinero y a las pobres desgraciadas que como Edith, les servían para ganarlo.

Pero lo han hecho. Han caído todos, al menos todos los que ella conocía. Ahora es libre, como sus compañeras. Libre para perderse en el paraíso. Tiene unos cuantos

euros en el bolsillo y sin pensárselo dos veces se ha plantado con su hatillo en la estación de autobuses. Se acerca al mostrador y pregunta:

—¿Cuál es el que lleva más lejos?

EL FLUJO DE LA MIERDA

En la pequeña isla, en plena temporada estival, y en un año marcado por la crisis, la noticia no era precisamente la que más convenía que saltara a todos los medios: «un emisario submarino arroja un flujo incontrolado de aguas fecales a escasa distancia de la playa». La primera idea que se le había ocurrido al asesor de comunicación del gobierno local era negar la noticia. Total, los emisarios submarinos están lo bastante ocultos como para que resulte difícil comprobar cualquier cosa que se diga sobre ellos.

Pero el responsable político que le había venido con el problema, visiblemente cabreado por haber tenido que interrumpir sus vacaciones, le echó sobre la mesa unas fotografías. Sí, eran fotografías subacuáticas. En ellas se veía el fondo marino, una gran masa de agua azul, y en medio y en primer plano, una boca oscura expulsando un potente chorro marrón.

—Lo ha levantado un buceador —dijo el político—. Y ha hecho estas fotos. Tiene una máquina buena y sabe usarla, el cabrón.

—Desde luego, es una contrariedad. Una imagen vale por mil palabras. Y una imagen como ésta, quizá por alguna más.

—No, si también sabe hablar, no creas.

Y le tendió un folio impreso. En él, una noticia de agencia, donde se recogían las declaraciones del buceador y fotógrafo: «Llevo meses buceando en medio de la mierda». El asesor, que además de la licenciatura había hecho algunos másters, admiró la concisión y la eficacia demoledora del titular. No se podía decir más con menos. Y esa palabra tan chungueta. «Meses».

El asesor de comunicación meditó sobre el problema con la premura que le exigía la incómoda presencia de aquel hombre, que era quien lo había fichado para su puesto de confianza y quien, con las mismas, podía reexpedirlo a las filas de los parados de lujo si no estaba a la altura de sus expectativas.

—Hay que negar lo de los meses. No lo puede probar, salvo que haya hecho y fechado una foto todos los días.

—¿Cómo dices?

—Hay que decir que ha sido un vertido puntual. Una avería, algo así. Tampoco van a tener forma de comprobarlo.

—¿Y si baja otra vez mañana?

—Hombre, el problema habrá que atajarlo, de todos modos. Lo que podemos minimizar es el impacto informativo.

—Ya, ya, lo están mirando. Bueno, pero cómo le damos un aire positivo. Avería, aguas fecales, hay que contrarrestar.

Entonces el asesor tuvo la idea que andaba buscando. La que iba a convencer a su jefe de que era insustituible.

—Diremos que la avería se ha producido por la alta ocupación hotelera que

estamos registrando, y que ha desmentido los malos pronósticos que se hacían a cuenta de la crisis.

El político sonrió, satisfecho. El asesor se revistió de pronto a sus ojos de un aura providencial. Había encontrado un nuevo indicador de prosperidad, digno de ser estudiado por los economistas: el flujo de la mierda en los emisarios submarinos. Aquello sí que era convertir los problemas en oportunidades.

—Llegará lejos, López —le auguró.

EL ALMA DE LA TURBA

Mientras aguardaba, Roberto miró las caras de la gente que tenía enfrente. Entre ellas, había de todo. Adolescentes llorosas, mujeres de mediana edad de semblante agrio, hombres exaltados, ancianos de expresión remota. También había chavales nerviosos, hombres y mujeres circunspectos, ancianas inquietas y parlanchinas. Y más tipos que se le escapaban, en medio de la multitud, porque la humana reacción a cualquier coyuntura, aunque predecible y relativamente homogénea en su conjunto, siempre registra excepciones individuales.

Roberto se preguntó cuántos de todos aquellos podían tener un interés personal o una relación directa con el asunto. Y por más que se esforzó, no consiguió encontrar a ninguno, salvo quizá en un grupo de chicos y chicas que eran, posiblemente, los que más ausentes aparecían de la tensa escena que allí se desarrollaba, en espera de que se produjera el ansiado acontecimiento.

Como todos los que generan expectación, éste vino precedido de las señales que permitieron a todos aprestarse a desempeñar su papel. Apenas comenzó a oírse en lejanía el aullido de las sirenas, la multitud se removió y en cuestión de segundos se transformó en una masa compacta, en una hidra de cien cabezas que maniobraba al unísono contra el endeble cordón que componían Roberto y sus compañeros. Detestaba ese momento: el de tener que contener con lo más primario de que dispone el ser humano, la fuerza de sus músculos, una marea animada por una musculatura mayor. Pero le pagaban por eso.

Tenían que mantener despejado un pasillo desde la acera hasta la puerta del edificio, y también los alrededores del sector de la calzada donde estacionaría el coche celular. Y así lo hicieron, aunque para ello tuvieron que emplearse a fondo, rozando en algún momento la frontera entre la simple contención y la presión de signo contrario que sirviera de advertencia a los que trataban de desbordarlos. El momento más delicado llegó cuando el furgón ocupó el sitio previsto y se abrieron sus puertas.

El hombre bajó trastabillando, con un agente a cada lado y la cabeza cubierta por una cazadora. Lo normal. La gente comenzó a insultarlo, a pedir que lo ejecutaran, a amenazar con lincharlo. También lo normal. Roberto imaginó que en su vida corriente se comportaban de otro modo, pero era el momento del circo y en el circo hay que sobreactuar y excederse. Estaba mentalizado para soportarlo. Pero de pronto una mujer, que le había empujado ya tres veces y a la que acababa de devolver su sitio desplazándola suave pero firmemente con el antebrazo, se le encaró:

—Tú a mí no me tocas, madero de mierda. Que me dejes te digo. ¿Para qué estáis, para proteger a los asesinos y abusar de la gente honrada?

Roberto no le dijo nada. Se le quedó mirando, esforzándose por no oír sus gritos. Pensó en decirle si estaría igual de crecida si en lugar de vérselas con un policía se las viera con cualquier macarrilla en un descampado. Si se mostraría así de agresiva con

ese hombre cuya muerte pedía a voces si los dejaran a los dos solos en una habitación. Pero para qué. Siguió conteniéndola y pensó, una vez más, que hay algo que se parece como un huevo a otro huevo al alma del asesino: el alma de la turba.

LOS PIJOBORROKAS

Con la regularidad que en él era norma de vida, Ernesto bajó a tirar la basura. Siempre lo hacía a la misma hora, y aunque el pueblo andaba algo alborotado por las fiestas patronales, a las once en punto, ni un minuto antes ni un minuto después, se fue hacia el cubo, anudó la bolsa y cogió las llaves.

La manía del orden la había desarrollado durante una larga vida de trabajo, levantándose siempre a las 6.30 de la mañana y haciendo las sucesivas pausas, desayuno, comida y cena, también a horas fijas. Había aprendido a jalonar así los días para sacar el mejor partido a los espacios de labor que le quedaban en medio, y en los que había tenido que rendir sin desmayo. Ernesto se había ganado a pulso la condición de «productor» que se adjudicaba a los trabajadores en la jerga antigua. Ahora estaba jubilado y ya nada producía, pero conservaba la disciplina porque había descubierto que era buena para el cuerpo y para la mente.

Por eso, no pudo sino ver con cierto desagrado a los chavales que a esas horas se congregaban en torno al que parecía ser su espacio favorito: la explanada del botellón. Ahí se pasaban las noches festivas, empapuzándose de alcohol y turbando el sueño de los vecinos. El suyo, por suerte, no demasiado. Si se acostaba a su hora, y siempre lo hacía, seguía quedándose al instante como un leño. Y más desde que había enviudado y en la cama no había otra cosa que hacer. Ernesto dejó la basura en el contenedor y cuando regresaba hacia su casa observó algo extraño. Empezaban a acudir coches de policía y el griterío de la multitud iba aumentando de volumen. Entre el tumulto y el ruido de las sirenas, acertó a oír algunas imprecaciones. Supuso que alguno había bebido de más y había molestado a la chica de otro, o que el que había bebido de más era el de la chica y se había imaginado que otro la molestaba. Cuesta bien poco que se arme, cuando se impregna en etílico una mente inmadura.

Pero pronto vio que era algo más. El resto del espectáculo lo contempló desde su terraza, como todos los vecinos del edificio. Una verdadera batalla campal entre policías y botelloneros, a la que acabaron acudiendo los antidisturbios después de que los niñatos (pocos como los que allí había daban tan pleno sentido a esa palabra) incendiaran un vehículo policial.

Ernesto había asistido a otros tumultos, en su juventud. Tampoco entonces había participado en ellos, lo que le había valido la recriminación de alguno. Pero es que Ernesto siempre receló del follón, y más cuando lo promovían aquellos a quienes menos acuciaban los problemas. Siempre tuvo la sensación de que para esa gente, enfrentarse a los sufridos peones de brega del poder era otra de sus aristocráticas formas de diversión. Y bien que lo habían probado algunos, que empezaron en la barricada para terminar en el consejo de administración y el coche con chófer.

Al día siguiente, escuchó en la radio las declaraciones de uno de los *pijoborrokas*, como ingeniosamente los llamó un periodista. Daba un motivo para su rebelión: «Es que no nos dejan divertirnos». Y al oírlo Ernesto pensó que estos niñatos de ahora

eran en algún aspecto mejores que los de su época. Al menos ellos, andando el tiempo, no iban a traicionar ningún ideal.

LA HUMILDAD DE LOS GIGANTES

Alberto leyó la noticia en su habitual repaso matinal de la prensa en Internet. Venía destacada en todos los portales que frecuentaba. Y no era para menos: resultaba cuando menos llamativo que un cantante se desplomara en pleno concierto, a la cuarta canción, y que hubiera que suspender la actuación y llevarle al hospital. Alberto pensó que el desmayo debía de ser consecuencia del esfuerzo, acaso excesivo, que suponía una gira de esas características, con varios conciertos a la semana, para un anciano septuagenario. Y recordó lo que había leído: que el cantante la había emprendido para hacer algo de caja, en aquellos tiempos en que ya los discos no daban el rendimiento de antes y sólo las actuaciones en vivo generaban ingresos.

También había leído que al infortunado artista le habían esquilado entre unas cuantas mujeres y un contable desleal, que se había aprovechado de su retiro en un monasterio zen, tras uno de sus últimos desaires amorosos, para vaciarle la cuenta corriente. Miró la fotografía del hombre que ilustraba la noticia. Parecía un hombre bondadoso, ingenuo, casi desvalido. Decían que había sido un mujeriego incorregible, un brillante joven poeta, un seductor *dandy* maduro. Pero no pudo evitar tenerle lástima.

Dos días después, estaba prevista una actuación del cantante en su ciudad. La mañana del día en cuestión, surgió en su empresa una emergencia. Dos de sus compañeros recibieron la orden de viajar urgentemente a Londres, donde permanecerían un par de días. Uno de ellos se le acercó con una entrada en la mano. Era para el concierto de esa noche, y ya no la iba a poder aprovechar. Se la ofreció. Alberto preguntó, extrañado:

—Pero ¿no estaba enfermo? ¿Seguro que podrá darlo?

Su compañero le aseguró que el concierto se mantenía, y le recomendó que aprovechara la oportunidad. Alberto alegó que apenas conocía la música de aquel tipo. «Razón de más», le respondió el otro. Al final, se avino a tomar las entradas.

Nunca lo agradecería bastante. Esa noche, Alberto asistió al concierto de su vida. No sólo por las canciones, cuyo mérito hubo de reconocer, o por los músicos que acompañaban al cantante, de primera fila. Las quince mil personas que llenaban el espacio del concierto tuvieron cumplida demostración de lo que vale un hombre, cuando es en verdad grande.

Durante tres horas y media, aquel viejo artista lo cantó absolutamente todo. Se arrodilló, se levantó, corrió, brincó, hizo reír, llorar y, en suma, mejores a las personas que le escuchaban. A sus setenta y cinco años, derrochó su voz como Alberto jamás se lo había visto hacer a los ídolos veinteañeros que explotaban con displicencia su éxito advenedizo, regateando bises y escatimando repertorio. En algún momento, aquel hombre llegó a cantar sin música, y entonces descubrió que, por encima de todo, aquello que tenía delante era un poeta inmenso, cuya voz profunda, recia y estremecedora hacía saltar en pedazos cualquier resto de conmiseración que pudiera

quedarle a uno por sus desventuras y reveses como humano.

Al final, con el pabellón viniéndose abajo, el poeta dio las gracias a todos los que le habían ayudado, sin olvidar a los cocineros ni a los camioneros. Y se despidió con la humildad de los gigantes, que en adelante le serviría a Alberto para situar, en su punto justo de insignificancia, la soberbia de los enanos.

EL VIAJE DE TAMARA

A los veinticinco años de edad, y después de seis trabajando, Tamara decidió dejar de soportar los sinsabores que le producía tratar de ganarse la vida su país de origen y se dejó llevar por una de las corrientes más poderosas de la globalización: el flujo transfronterizo de personas. A ella no la trasladó una mafia que la estuviera esperando en el lugar de destino para explotarla hasta saldar una astronómica deuda. Tampoco hubo de recurrir a una de esas agencias de viajes *sui géneris*, especializadas en llevar a la gente de un país a otro sin necesidad de obtener el visado que sería preceptivo con arreglo a las leyes del lugar al que se llega.

Por eso, Tamara no nutrió con su sudor ni su sangre la fortuna de los modernos tratantes de personas, tipos lúcidos que perciben la oportunidad inmensa de negocio que les ofrece un mundo en el que hay muchos sitios donde hace falta gente, otros tantos donde sobra y toda una serie de barreras legales y administrativas que es preciso saltar para verificar el desplazamiento de las masas humanas demandadas y ofertadas.

Tamara disponía de la llave mágica, que en el cuento al que había ido a parar adoptaba la forma de un pasaporte. Gracias a él, podía sin más montarse en el avión y llegar a donde deseaba. A una ciudad donde una nueva vida la esperaba con los brazos abiertos, lejos de la sordidez y la cochambre de su tierra. Y desde luego, la compañera que le había pasado la información, y que ya llevaba allí un tiempo, no la había guiado por mal camino.

Apenas llegó, encontró una infraestructura sencilla pero eficiente, que se ponía a su disposición en condiciones razonables. Por un coste asumible, disfrutaba de instalaciones adecuadas, tanto en términos de higiene como de seguridad. También tenía garantizada una clientela bastante fácil de atender, que le hacía acordarse con espanto de la gente entre la que había tenido que levantarse el jornal allá en su patria. Eran personas de nivel, educadas, incluso muchos de ellos resultaban un punto tímidos. La mayoría, turistas, que eran allí aún más forasteros (y por tanto se sentían más inseguros) que ella misma.

Incluso podía organizarse a su conveniencia los turnos, y tenía unos servicios públicos que ni hubiera podido soñar en su lugar de procedencia. Entre todos ellos, le llamaba la atención la policía. Tipos amables, resolutivos, siempre con voluntad de ayudar, en las contadas ocasiones en que sus pulcros clientes le planteaban algún problema. En la experiencia anterior de Tamara la policía no era más que una plaga, que nunca la había protegido de nada y que no había hecho más que complicarle la vida con acciones absurdas y caprichosas, según les soplara el aire a las arbitrarias e incompetentes autoridades de su país.

Y allí estaba, Tamara, ofreciendo su 1,80 de imponente erotismo transexual en su cómoda y aséptica cabina roja del centro de Amsterdam. Junto a ella, una decena de paisanas, a la espera del inglés o alemán que picara y les dejara 100 euros por un

expeditivo servicio de 20 minutitos. Su familia no terminaba de entenderlo, pero cualquiera que hubiera vivido lo que ella comprendería por qué no pensaba regresar jamás a la sucia calle del país cruel, avaro y tercermundista que había dejado atrás. Ese que, según veía en Internet, seguía llamándose España.

EL NIÑO DEL GUETO

Su infancia, que al fin y al cabo es la que nos da la manera de mirar las cosas, fue el gueto de Cracovia. Sólo tres palabras, casi eufónicas, tras la que se agazapa el horror. El de no ser nada, no valer nada, estar expuesto a todo y, lo que es peor, haber llegado a aceptarlo. Sus ojos de niño vieron los abusos, la muerte, el dolor mansamente consentidos, de un lado; y la crueldad implacable, insensible a toda plegaria, de otro. Su mente infantil comprendió que para ir al infierno no era necesario morir, bastaba con estar vivo en el lugar y el tiempo equivocados.

Allí donde fue niño, bien podía no haber llegado jamás a ser hombre. Pero los dioses, o Dios, o la simple imperfección de todo lo humano, que también alcanza a la saña del verdugo, le permitieron vivir. Mucho más que eso. Un buen día empezó a hacer experimentos con la luz, con ayuda de la cámara, y descubrió que era bueno. Y también lo descubrieron otros. Y con ese tesón que proporciona la admiración ajena, que en su caso se sumaba a la euforia del superviviente, volcó sus energías en esa tarea y pulverizó los límites que le habían sido impuestos. Los del país en que había nacido, un espacio estrecho y gris en que su genio y sus proyectos parecían condenados a consumirse.

Y el niño que había estado en las simas del Tártaro, llegó a respirar los aires del Olimpo. Hollywood se le ofreció, con su disponibilidad de cortesana antigua, en la que la facilidad se mezcla con la indiferencia. El niño del gueto era listo, y pudo intuir lo segundo, pero decidió aprovechar sin tasa lo primero. Quien es admitido en el Olimpo, entre otras cosas, queda exento de las responsabilidades y prohibiciones que recaen sobre el común. Y era demasiado placentero aprovecharlas, para alguien que había vivido sin que nada (y apenas vivir) le estuviera permitido.

Hubo una tragedia; terrible, sí. Pero que el niño del gueto, que había apurado en sus años más tiernos la visión de las más altas cotas del espanto, estaba preparado para asumir. La encajó y siguió adelante. Y siguió usando, acaso para compensar y terminar de consolarse, de sus prerrogativas de inmortal.

Hasta que llegó aquella noche, aquella niña. Aquella niña confusa, atractiva como mujer, tal vez predispuesta, o tal vez asustada. Le empujaron las sustancias que desembridaban su mente. Le ayudaron a resolver que para los dioses todo era posible, que las dudas entre infancia y madurez, consentimiento e intimidación, eran nimio obstáculo para sus apetitos.

Fue humillante verse preso, motejado de monstruo. Pero el niño del gueto estaba curtido en el arte de prevalecer sobre la adversidad. En cuanto pudo, huyó, y evitó en los años siguientes el escenario de su fechoría y la ley que lo buscaba. Siguió rodando cine, obteniendo reconocimientos, haciéndose rico. Incluso Hollywood, desde lejos, se arrodilló ante él, cuando decidió poner en imágenes el holocausto que fue su infancia.

Ahora, ya septuagenario, y cuando iba a recoger el enésimo premio a una Suiza

que creía segura, le ha alcanzado la larga mano de su pasado deslíz. Puede que la edad y la fatalidad arruguen al dios. Pero en la soledad de la celda, sometido a las abstrusas disquisiciones de abogados y jueces que ahora decidirán su suerte, el niño del gueto no se da por perdido. Sabe que uno puede estar acabado y salvarse. El final está aún por escribir.

INFINITI

Como cada mañana, Borja subió al tren con el periódico gratuito en la mano. No es que el contenido del anémico diario soliera apasionarle, pero esa mañana lo mantuvo doblado bajo su axila durante un buen rato, resistiéndose con especial pereza a acometer su lectura. Por un momento pensó incluso en dejarlo sobre una de las repisas superiores, como minutos antes se le había pasado por la cabeza la posibilidad de no tomarlo de la mano del repartidor sudamericano que como cada mañana se lo tendía. Pero era inútil. Lo de «ojos que no ven, corazón que no siente» debía de pertenecer a un mundo ya desaparecido. Aunque no lo leyera, la noticia y sus sacudidas lo perseguirían igual. En la radio, en Internet, en la televisión, en los corrillos.

Y es que, mal mirado, era muy fuerte.

Resultaba demasiado desagradable acceder a esos momentos en que algunos personajes, exentos de la habitual necesidad de fingir, se mostraban tal cual eran. Momentos en los que quedaban al descubierto no sólo su doblez y su cinismo blindado, sino también el desprecio hacia todo aquello por lo que decían preocuparse, su frivolidad y su banalidad extremas, su carencia desoladora de escrúpulos, y sobre todo, su escasa inteligencia a la hora de fijar sus honorarios y escoger los cómplices para lanzarse a tumba abierta por la senda de la corrupción.

Quizá no debía dejarse que se publicara aquel material. Era demasiado triste, demasiado decepcionante. Casi mugriento. Repelía oír aquellas conversaciones intervenidas por orden judicial, en las que los supuestos prohombres (y promujeres), esos que tenían sobre sus hombros y en su cabeza la responsabilidad de gestionar los asuntos de todos, se daban como burdos conspiradores a la manipulación y la maledicencia continuas, y como adolescentes compulsivos a traficar con las ventajillas y los caprichos que les reportaban sus maniobras subterráneas.

Al final Borja se rindió y leyó. Era incluso peor de lo que se había imaginado. Acababa de levantarse el secreto del sumario y la inmundicia brotaba a borbotones. Le llamó la atención, aunque no era lo más reprobable en términos penales, la conversación mantenida entre dos de los muñidores de la trama a propósito del antojo de uno de los políticos presuntamente implicados. Un coche, un color, unas llantas, 60.000 euros.

No constaba que se lo hubieran regalado, pero sí que le habían hecho algún favorcillo al adquirirlo, y que la cosa parecía importante para el sujeto en cuestión. Al menos lo suficiente como para que los dos corruptores se esmeraran en ello y creyeran que con su gestión allanarían algún obstáculo o abrirían alguna puerta. Infiniti, era la marca. Qué sarcasmo. Porque aquello no tenía nada que ver con el infinito, sino más bien con todo lo contrario.

Infiniti. Todo el mundo estaría haciendo chistes con ello durante unos cuantos días. Y más teniendo en cuenta que el político había estrellado su juguete después de

que finalmente se lo entregaran. Sarcasmo sobre sarcasmo. Pero Borja no podía reírse como los demás. Porque entre los nombres de aquel sumario estaba el de su padre. Su modelo, su héroe. Para contentarle había entrado en las juventudes del partido. ¿Y ahora?

Infinito. Así era el silencio que respondía a su pregunta.

MERA COINCIDENCIA

La mujer miró a la pareja con gesto displicente. Y eso que se suponía que las estrellas Michelin se concedían entre otras cosas por la amabilidad en el trato al cliente. «Voy a ver», dijo, y giró sobre sus talones para emprender un lentísimo avance hacia la cocina, sintiendo sin duda el placer de darles la espalda de forma sostenida a quienes acababan de dirigirse a ella.

Al cabo de un minuto, regresó con el mismo paso solemne y el gesto altivo con que se había separado de ellos. Aguardó hasta llegar a su altura para informarles del resultado de su pesquisa. Ni siquiera abrió la boca. Se limitó a menear la cabeza.

La pareja se encogió de hombros. Bien mirado, hacía un día demasiado hermoso, bajo aquella inusual luz azul del Cantábrico, para apenarse por tan nimio contratiempo. Habían visto el letrero que anunciaba el restaurante del famoso cocinero desde la carretera, y aunque no tenían reserva y sabían que así era improbable encontrar sitio, y más con la muchedumbre de turistas que se apiñaba a la entrada del establecimiento, habían entrado a preguntar por si acaso. Por preguntar, nada se pierde. Ya habría más sitios donde comer en condiciones, y tampoco pasaba nada por perderse aquella experiencia respecto de la que no habían tenido tiempo de crearse la menor expectativa.

De modo que siguieron camino, contemplando el mar encalmado que se extendía infinito a su derecha, disfrutando de aquel sol que reventaba las costuras de las nubes e invitaba sin más a vivir. Pararon en el siguiente pueblo, cuna de un navegante cuya hazaña hoy no recordaba ya casi nadie, pero que en su tiempo había sido descomunal, y sobradamente celebrada en siglos posteriores. Visitaron su monumento, sumido en un desconcertante abandono, y sin prisa buscaron, bajando por las empedradas callejas, el borde del mar. Allí vieron varios restaurantes, donde podrían desquitarse del desplante sufrido en el del célebre chef. En particular les atrajo uno que parecía lo contrario de lo que les había parecido el otro. Tranquilo, nada bullicioso, y más que a propósito para disfrutar de un placentero almuerzo.

Cuando entraron, comprobaron que sólo unas pocas mesas estaban ocupadas. Cuando vieron los platos, decidieron que no tenía nada que envidiarle a ningún otro. Cuando les atendieron, descubrieron que eran compatibles la excelencia culinaria y la amabilidad. Pero aún faltaba lo mejor. Ella se había sentado de espaldas, y él padecía de un astigmatismo para el que se resistía a usar gafas. Por eso no lo vieron en seguida. Al cabo de unos minutos, sin embargo, le dio a él la impresión de reconocer a uno de los comensales de una de las mesas. Se fijó mejor y de pronto no le cupo ninguna duda. Paladeó un sorbo del frío vino blanco que habían pedido y le dijo a ella, sonriente:

—Mira quién está en esa mesa, cuando puedas.

Ella se volvió discretamente y al principio tampoco lo reconoció. Pero luego miró a su compañero de mesa con los ojos abiertos como platos. Sacudió la cabeza y dijo:

—No me lo puedo creer.

Era el cocinero. Tras habérseles negado la posibilidad de probar en su atestado local la comida preparada por sus subalternos, allí estaban, donde comía él. Alzaron sus copas. No podía ser mejor augurio para la vida que empezaban en común.

LA SEGURATA

Nadia entró en el avión ya cojeando. La circunstancia motivó que una azafata le preguntara con curiosidad más bien indiferente qué era lo que le ocurría. Cuando Nadia le dijo que llevaba un par de días con un dolor profundo en la pierna, después de habersele resentido en el vuelo de ida, la azafata meneó la cabeza, pero no hubo más. Una señora mayor había solicitado su ayuda para subir una pesada maleta al compartimento de equipajes. Se dirigió hacia ella con cara de pocos amigos y la asistió con gesto aún más avinagrado, no sin exigirle que contribuyera, regañarla y recordarle que era responsabilidad suya ser capaz de colocar el equipaje con el que cargaba en cabina. Nadia fue cojeando hasta su asiento en la cola del avión, ya sin que la azafata reparara en sus esfuerzos ni en su rictus sufriente.

El vuelo duraba trece horas. Que para Nadia fue la duración exacta de su martirio. El dolor fue en aumento, apenas le permitió buscar reparación en el sueño, y los relajantes musculares de que se había provisto se revelaron ineficaces para lograr algo más que amodorrarla ligeramente. Por fortuna el avión iba medio vacío, y pudo levantarse de la angosta butaca, concebida más como potro de tortura que como acomodo para un vuelo como aquel, y estirar la pierna medio tumbándose en una fila de tres asientos que estaba desocupada. Pero cada cierto tiempo debía levantarse, traspasada por aquel dolor intenso. Las azafatas la veían ir y venir por el avión con una especie de atención desvaída, que le procuró como máxima deferencia algún vaso de agua y que le permitieran pasear un poco, sin amonestarla como hacían con el resto, cuando la señal de cinturones estaba encendida.

En un momento de aquella interminable noche les pidió ibuprofeno. Pero todo lo que llevaban era paracetamol y aspirinas, que de poco servían para mitigar el tormento de aquella pierna que se hinchaba de forma inquietante.

Al final, el avión aterrizó. Nadia fue cojeando y apretando los dientes hasta la puerta. Al salir, una azafata comentó como quien mirase llover que se la veía muy fastidiada. El sobrecargo le recomendaba a otra azafata, la más joven, que no volviera a hacer lo que estaba haciendo: sostener al niño pequeño de una de aquellas inmigrantes que ahora llenaban la clase turista, y que viajaba sola, mientras ésta sacaba del avión los pertrechos del bebé. Nadia descendió del aparato sin recibir ayuda alguna de aquellos altivos y veteranos tripulantes. Antes de bajar, comprobó que más de la mitad de los asientos de la primera clase conservaban intacta la manta y la almohada. Pero a nadie se le había ocurrido ofrecerle uno para pasar mejor el trago.

Al cruzar el control de pasaportes, el policía, que le vio la cara, le sugirió que se acercara al servicio médico del aeropuerto, que estaba cerca. Allí la miraron y, sin un diagnóstico claro, le pusieron un calmante y le recomendaron acudir a su médico en cuanto pudiera. Así Nadia consiguió llegar hasta el control de seguridad que debía pasar para tomar el siguiente avión. Desde lejos, una guardia de seguridad menuda y

vivaracha la vio cojear y se acercó corriendo. La ayudó con los bultos, le abrió la cinta para que cruzara por un arco que estaba ocioso, se ocupó de pasarle todo por el escáner. Luego se ofreció a conseguirle una silla de ruedas para que la llevaran hasta la puerta de embarque. Al fin, después de catorce horas de soledad, se encontraba con un ser humano. Uno que la trataba como tal, estuviera o no incluido en su sueldo. Qué paradoja (o no): una segurata^[1].

LA RAZÓN DE LA DIFERENCIA

Nadia entró en el ambulatorio cojeando y apoyándose en una muleta. Por si eso no resultaba ya bastante elocuente, llevaba bajo el brazo todas las pruebas y los informes médicos que le había facilitado el facultativo que la había atendido, y que acreditaban tanto la gravedad de su lesión como la necesidad de que le dieran la baja laboral para cinco semanas como mínimo. Eso mismo, obtener la baja, era lo que la llevaba allí.

Como tantos catalanes, Nadia no confiaba la solución de sus problemas de salud al sistema público. Y como sus ingresos no eran precisamente millonarios, el esfuerzo de pagarse una mutua privada, para que tanto ella como su hija tuvieran una atención médica razonable, pesaba y no poco en su economía doméstica. Pero era un dinero que daba por bien pagado, y más cuando, como aquella mañana, tenía ocasión de comprobar cómo funcionaba la cobertura a la que tenía derecho como cotizante de la seguridad social. En el mostrador en el que repartían número para todo a la vez, desde las consultas normales hasta las de urgencias, además de las recetas recurrentes y las bajas laborales, le dieron el número quinientos sesenta.

Había pocas sillas en la sala de espera, y ninguno de los afortunados que habían plantado las posaderas sobre alguna de las disponibles estaba dispuesto a cederla. Así que a Nadia le tocó esperar a pie firme, apoyándose en la muleta cuando podía, sintiendo cómo la pierna se le hinchaba por momentos, y sin que nadie se apiadara de su padecer. Tampoco se lo censuró, a la multitud de enfermos que allí soportaban como ella una espera tan penosa como desproporcionada. Nadia tenía una amiga en Madrid. Según le contaba su amiga, allí llamabas por teléfono y te daban cita, para el mismo día si llamabas pronto. Llegabas a tu hora, el médico te atendía y te ibas a casa tan ricamente. Pero claro, ya se sabía la razón de la diferencia: que a los de Madrid les daban más dinero, que para eso cortaban el bacalao.

Cuando aún le quedaban un montón de números, salió un administrativo a decir que dos de los tres ordenadores se habían estropeado y que iban a tardar el triple, para que los pacientes tomaran nota y no se quejaran, según dijo en tono de destemplada advertencia. Alguno protestó, pero el resto se dividió en dos grupos, los que se rendían y se iban y los que se quedaron a tragarse la espera que fuera necesaria. Nadia no tenía elección. Necesitaba ese papel, lo único que su médico no podía darle.

Al final, un hombre le tuvo lástima al verla allí de pie y le cambió el número, lo que le permitió ganar treinta puestos. La vio una médico malhumorada, cuyas protestas por exceso de trabajo Nadia, sin poder aguantarse más, cortó en seco recordándole que no le pedía ni esperaba de ella atención alguna, que eso ya se lo pagaba ella misma, sino zanjar aquel simple trámite burocrático que no podía eludir. La médico dejó entonces de rezongar, le firmó el papel y acabó pidiéndole perdón.

Esa noche, mientras digería aún el mal trago del ambulatorio, Nadia vio en la tele cómo la Guardia Civil se llevaba a un puñado de políticos catalanes del gobierno y de la oposición, acusados de limpiarles a varios ayuntamientos decenas de millones de

euros para llevárselos a paraísos fiscales. Al día siguiente, el ambulatorio volvería a ser un caos. Nadia se preguntó hasta cuándo colaría aquello de cargárselo a Madrid.

EL ESTUPOR DEL PIRATA

Cuando avistaron la presa, el jefe le pasó los prismáticos y le hizo fijarse en la bandera que llevaba izada. Era roja, con una cruz blanca y un aspa verde entrecruzadas. El jefe se echó a reír, y el joven pirata no entendió dónde estaba el chiste.

—Los barcos de guerra llevan otra —le explicó el jefe—. Roja y amarilla. Parece que los de los cañones y los depredadores no se entienden, ni en eso ni en lo demás. Mejor para nosotros.

El asalto fue sencillo. El pesquero era lento, la tripulación estaba desarmada, y sobre todo, ninguno de los que iban a bordo, ni blanco ni negro, tenía el hambre y la codicia que animaban a los corsarios. Hacerse con el barco fue cuestión de un abrir y cerrar de ojos. Además, tenían la tranquilidad de saber que la flota de guerra de los europeos se hallaba muy lejos, hacia el norte, y que aquel barco que buscando aumentar al máximo el botín se había internado en sus aguas no iba a recibir ningún socorro.

El joven pirata saboreó la sensación de poder que proporcionaba requisar la propiedad ajena. Y la satisfacción que producía apoderarse, de paso, de aquello que los europeos les habían estado arrebatando a ellos antes: las toneladas de pescado que llenaban las bodegas del buque.

El joven pirata se había enrolado por las dos cosas. Por el poder, que en el lugar donde había nacido estaba reservado a los intrépidos y crueles cazadores del mar. Ellos eran los que tenían los buenos coches, los teléfonos móviles, las televisiones por satélite. Los que podían gozar de las mejores muchachas, las menos negras, las más jóvenes, las más apetitosas, que se les iban ofreciendo literalmente por la calle. Qué hombre no ansía ser más que el resto, tanto como el que más. Qué hombre no deja de probar, si puede, la manera que allí donde vive se le ofrece para prosperar. Y allí, estaba claro, no había otra.

Y también se había dado a la piratería por lo otro: porque como el resto de sus compatriotas juzgaba que era justo atacar, secuestrar y robar a quienes arrasaban con las pocas riquezas de su pueblo. A quienes con sus enormes redes y sus potentes barcos barrían de una pasada toda la pesca que ellos podían laboriosamente sacar durante meses, para llevarla a llenar los estómagos ahitos de los europeos. Sin preocuparles en absoluto que con eso se quedaran un poco más vacíos los de los africanos.

El jefe le encargó poco después que siguiera con el esquife al barco capturado. El joven pirata se sintió todavía un poco más poderoso, al mando de otro aprendiz de bucanero y de la pequeña embarcación. Lo malo fue cuando el motor empezó a fallar y se quedaron rezagados. Y sobre todo, cuando aparecieron el buque de guerra con la bandera roja y amarilla y los infantes de marina que los abordaron y redujeron sobre la marcha.

Ahora estaba en una celda, en una prisión, en la lejana e irreal Europa. Los blancos se afanaban absurdamente por saber su edad, que él mismo desconocía. Dependiendo de si sus huesos estaban más o menos hechos iban a encarcelarlo o no, le dijo a través de un traductor un blanco que decía ser su abogado y estar allí para ayudarlo. El joven pirata creyó haber ido a parar a una estrafalaria pesadilla. Al abrazar aquel oficio había contado vagamente con morir, pero aquello era casi peor. Y entendió por qué los blancos se iban tan lejos de sus casas a robarles la comida a otros. Estaban completamente locos.

EL TRIÁNGULO DE LOS ASTRONAUTAS

Lisa no había tenido más remedio que aceptarlo todo, por humillante que fuese, y vaya si lo era. Las ocho horas de reeducación diaria, los trabajos en beneficio de la comunidad, y lo que más le revolvió el estómago, tener que escribirle a la zorra una carta de sincera y completa disculpa, como precisaba la resolución judicial. Había tenido que avenirse a tragar aquello como mal menor para evitar la cárcel, y ya era muy afortunada porque al final sólo dieran en acusarla de secuestro frustrado y agresión. Porque ella había ido a matarla, como había sagazmente deducido aquel policía que la había interrogado poco después de detenerla, tras intervenirle un cuchillo de diez pulgadas, una pistola, gomas y bolsas de basura, además del espray irritante con que había rociado a aquella aviadora calientapollas.

Había ido a matarla, desde luego. Había conducido durante catorce horas, sin parar, ni siquiera a orinar, que para eso había tomado la precaución de colocarse antes de subir al coche su aparejo de astronauta *ad hoc* para afrontar la miseria fisiológica. Y había ido a por ella porque no había otra solución, después de leer los *e-mails* que su amado le había escrito a aquella furcia desde el espacio, dándole minuciosa cuenta de cómo la echaba de menos y de cómo pensaba arrojarse sobre ella en cuanto volviera.

A ella, a Lisa, nunca le había escrito esos mensajes tan tórridos. Y menos desde el espacio. Como tampoco le había mandado una foto hecha en la Estación Espacial Internacional con una prenda suya, según probaba otro de los correos que Lisa interceptó. Quizá no había estado bien encender el ordenador de él y acceder a su cuenta de correo, aprovechándose de que aún tenía las llaves de su apartamento y de que conocía la clave de la máquina. Pero eso era una cuestión accesorio. En el amor y en la guerra, todo vale, y más si te atacan a traición.

El caso causó conmoción en la opinión pública, claro. Un triángulo entre astronautas, con una agresión por medio. Como el hecho de que Lisa se liara con el galán del espacio estando todavía casados ambos, y como el detalle de los tres hijos a los que ella había abandonado para ir a escarmentar a su rival a 1500 kilómetros de casa. Pero los demás no podían entenderlo.

No sabían lo adorable y excelente que era aquel hombre, en todos los sentidos. No podían comprender lo que ella, Lisa, había sentido al conquistarlo, después de ver desmoronarse un matrimonio infeliz, y cómo la había desgarrado verlo caer en manos de aquella treintañera rapaz, y de la maldita Fuerza Aérea para más escarnio. Lisa, a sus 43 años, era una experta y orgullosa piloto de pruebas de la Armada, que había superado diez años de entrenamiento para astronautas y estaba lista para embarcar en su primera misión en el transbordador, algo para lo que la otra aún tenía bastante que demostrar. Esa rata le había quitado a aquel bombón de cuarenta años, el hombre de sus sueños, su macho estelar, el que a ella, a Lisa, le pertenecía por derecho.

En fin, cumpliría con la sentencia. Y se resignaría a no subir ya jamás al

transbordador. El incidente había dado al traste con la carrera astronáutica de los tres. Pero eso era lo de menos. Lo que importaba era planificarlo mejor la próxima vez. Y en lugar de utilizar antes el espray, pegarle el tiro directamente. Y por la espalda, a ser posible. Como esa guarra le había golpeado.

GOLPE DE AUDIENCIA

Los datos de audiencia no dejaban lugar a dudas. Desde que se disponía de ellos minuto a minuto, eran la pauta para elaborar los contenidos del informativo, y no podía ser de otro modo además. En la franja horaria de la noche, la guerra era sin cuartel, porque aquello marcaba la diferencia entre cadenas, el reparto de la tarta publicitaria y, a la postre, los resultados económicos que el gran jefe podía exhibir a final de año.

La cosa estaba más que clara: había sido meter la pieza del joven tenista, que tan sólo hacía unos meses era el ídolo de las masas, el amuleto que servía para reventar el *share* y dejar atrás a la competencia, y los números habían caído en picado. Tan en picado como que los porcentajes correspondían no a miles, ni a decenas de miles, sino a centenares de miles de espectadores.

Era ver en pantalla al ídolo caído, y cientos de miles de personas cambiaban instantáneamente de canal. El redactor de deportes del informativo no pudo reprimir una reflexión amarga. El mismo que en el triunfo había servido para catalizar la pasión de todo el país, aquel que sobre el podio y con el trofeo en la mano encandilaba a todo el mundo, el chaval del que se ponderaba más allá de su talento deportivo su simpatía, su naturalidad, su juventud, etcétera, se convertía con unos pocos reveses en un leproso al que había que expulsar de manera fulminante del luminoso olimpo de plasma donde los ciudadanos abrevaban cada noche su sed de gloria y éxito. En el invitado deprimente al que había que evitar a toda costa, y aun echar con cajas destempladas si por alguna distracción llegaba a colarse en casa. En un paria maloliente al que no podía, siquiera, concedérsele el beneficio exiguo de la compasión, o el más ínfimo aún de la atención fingida.

Y es que eso era lo que tenía el dichoso mando, empuñado en la impunidad del tresillo frente al televisor en el salón de cada cual. Ahí no valían un pimiento las hipocresías ni las zarandajas que podía gastarse la gente en la calle. Y no valían porque no hacían falta, porque era gratis prescindir de ellas, de modo que uno bien podía ahorrarse un esfuerzo al que no tenía ninguna inclinación y abandonarse sin más a sus impulsos. Es decir, razonó el redactor, a su verdadera y más profunda personalidad.

Era probable que si se lo encontraran cara a cara (y tuvieran que mirarle a los ojos entristecidos, esos mismos que no hacía tanto refulgían con el brillo de los elegidos de los dioses) muchos de esos cientos de miles que en cuanto aparecía en la pantalla le daban la espalda se sintieran obligados a improvisar algún gesto, alguna frase de solidaridad o de ánimo. Que incluso se afanaran en recordarle al deportista en mala racha sus pasados éxitos, su juventud, su potencial para remontar la adversidad que ahora lo tenía agarrotado. Pero en la cómoda distancia, la fiebre de otro tiempo se trocaba en indiferencia brutal.

El redactor deseó que el tenista saliera del bache. Y pensó que cuando volviera

por sus fueros, si volvía, sería otro. Menos joven, menos simpático, menos natural. Y que tendría derecho a sufrir esa transformación, y aun a tratar al público ingrato con desdén. Mientras tanto, la cosa estaba clara. Por la cuenta que le traía, y hasta nueva orden, no incluiría en el informativo ni una sola pieza más que lo tuviera como protagonista. Y es que él no era mejor y, sobre todo, la audiencia era la audiencia.

ENSEÑANDO EMPATÍA

Una vez más, Rosario abrió la página web del periódico en busca de noticias con las que ilustrar los conceptos que trataba de inculcarles en clase a los alumnos. De lo que pretendía hablarles esta vez era de la empatía. Una capacidad de la que, le constaba, no andaban demasiado sobrados, y que esperaba, si no transmitirles o contagiarles, cuando menos hacerles comprender.

Disponía, cómo no, de unas cuantas definiciones académicas. Su experiencia era que esas definiciones tenían frente a sus alumnos, quinceañeros resabiados por un lado, e instruidos en la cultura del estímulo inmediato, por otro, una eficacia muy limitada. Por eso prefería construirles definiciones «a medida», más próximas a su forma de ver y sentir y menos vulnerables a su reticencia radical a toda enseñanza solemne, e ilustrárselas a continuación con ejemplos claros y persuasivos.

Había decidido decirles que la empatía era la capacidad de tener en cuenta los sentimientos de otros y de hacerse cargo de su situación, y de obrar y expresarse de manera respetuosa con la sensibilidad ajena. Le parecía una definición lo bastante sencilla y lo bastante completa. Y ya sólo le faltaba encontrar unos cuantos casos prácticos que representaran adecuadamente la teoría. Empezó a navegar y se topó con este titular:

«Es que a mí me da cosa gastarme mi dinero en putas».

Leyó la noticia. El titular no era del todo fiel al contenido. Al menos, no en las comillas. Lo que había dicho el secretario de un ayuntamiento, en una conversación que había sido objeto de escucha por orden judicial, era que le costaba gastar lo suyo «en estas cosas». Y esas cosas, eran, en efecto, contratar los servicios de las prostitutas de un selecto (si tal adjetivo cabía en este contexto) burdel marbellí. En todo caso, aquella conversación privada era justo lo contrario de lo que andaba buscando. Rosario pensó en todos los sufridos ciudadanos que estarían a punto de pagar los impuestos locales destinados, entre otras cosas, a sufragar los desahogos venéreos que el funcionario municipal no quería financiar con cargo a su cuenta corriente. Poco tenía en cuenta sus sentimientos y su situación aquel truhán.

Siguió leyendo y se tropezó con las declaraciones de un pescador que acababa de salir de un largo secuestro, en el que su barco había tenido la vigilancia constante de un buque de la Armada. Se refería así a la tripulación del buque protector: «Aunque sean militares, tienen un corazón de oro, han estado 50 días velando por nosotros». Rosario releyó. Incluso encontró el vídeo de las declaraciones. La conjunción adversativa estaba ahí. Otro buen ejemplo de empatía, por la otra punta. Y lo inaudito era que el menosprecio hacia la condición ajena que ese «aunque» denotaba se producía hacia la persona de un benefactor, y al tiempo que se manifestaba el beneficio recibido. El contraejemplo, tan extremo, le dio a Rosario una idea. Pondría a prueba a sus cachorros. Por mucho que les fastidiara, les haría pensar.

Redactó la pregunta que les haría sobre las dos noticias: «Explica, en tu opinión,

cuáles son los motivos que empujan a los protagonistas de estas dos noticias a carecer por completo de empatía hacia las personas de cuyos esfuerzos se beneficiaron. Enjuicia: 1. Su valor ético; y 2. Su solidez intelectual».

No les iba a gustar. Nada que les exigiera esfuerzo era por lo común de su agrado. Pero algo, seguro, iban a aprender.

CARIÑO, VILA, CARIÑO

El brigada Vila cerró el periódico con tristeza. Lo que acababa de leer era la versión de una parte, claro estaba. Una versión en la que pesaba, en mayor o menor medida, el interés propio, que no necesariamente tenía por qué coincidir con la verdad. Y el portavoz de esa versión era un abogado, es decir, alguien que medía cada palabra que decía pensando en la demanda que iba a presentar y en la indemnización que a través de ella pensaba obtener para su cliente. Pero Vila tenía una larga experiencia en escuchar cuentos ajenos. Disponía por tanto de alguna intuición para distinguir lo verosímil de lo inverosímil, lo que encajaba con el contexto y las circunstancias y parecía tener coherencia propia (esa que pese a las paradojas de la vida siempre tiene la verdad) de lo que por muy bien trabado que estuviera adolecía de esa endeblez que tiende a ser seña distintiva de la ficción.

Deploró constatar que aquello sonaba creíble. Que al detenido le hubieran insultado de aquel modo. Que le hubieran enseñado las terribles fotos de la niña muerta mientras lo hacían, para tratar de derrumbarlo. Había llegado acusado por un informe médico que hablaba de desgarró vaginal y anal. Y la niña, que además no era hija del hombre, sino de la mujer con la que vivía, tenía tan sólo tres años. Sobre esas premisas, la pretensión del sospechoso de convencerlos de que la niña se había caído de un columpio, corroborada por la madre, hacía pensar en la patraña urdida por el varón pervertido y maltratador que la mujer secundaba por tener secuestrado el ánimo. Una vez más, un monstruo masculino sin piedad y sin escrúpulos; una vez más, una mujer a la que había que defender más allá de su voluntad de ser defendida. Y una niña a la que la sociedad debía vengar, ya que su madre parecía reacia a procurarle el desquite.

Vila pensó en sus compañeros. En los que, a todas luces, la habían cagado. Era verdad que con ese informe médico no podían sospechar que la autopsia determinaría horas después que la niña no había sufrido ninguna agresión sexual y que las lesiones que presentaba eran plenamente compatibles con la caída del columpio. Podían, pues, alegar haber sido inducidos a su exceso de celo por una negligencia facultativa imperdonable.

Pero también había fallado algo en su formación. Durante más de veinte años bregando con asesinos, Vila no había insultado a nadie. Tampoco le había sido preciso alzar la voz, ni torturar de ninguna forma. A más de uno lo había acorralado, y había buscado la manera de socavarlo por vías más o menos maliciosas: la ironía, la contradicción, la añagaza, el ridículo. Pero en veinte años, no había necesitado vejar a nadie. Y muchos, así y todo, habían confesado. Y estaba seguro de que aquellos que habían dejado de hacerlo no habrían derrotado por el hecho de que les gritase, insultase o humillase de cualquier modo.

Vila había tenido un buen maestro. El mejor. Aquel curtido suboficial, tanto como empezaba a serlo él mismo, que, cuando le preguntó cuál era su técnica para lograr

que los criminales más feroces admitieran sus fechorías, le respondió:

—No olvidar que están solos, que tienen miedo, de la cárcel, y muchos de sí mismos. Darles lo que en momentos como esos más necesita cualquier ser humano. Cariño, Vila, cariño.

Él no siempre había seguido la regla. Pero nunca se había apartado mucho de ella. Ningún inocente podía denunciarlo.

TODO POR AMOR

Es complicado callar día a día lo que estás pensando. Más complicado, aún, cuando no hacen más que preguntarte sobre el asunto al que le das vueltas y vueltas y te demandan una respuesta que no puede ser más que una mentira. Voy a escribir en este papelito la verdad. No podré guardarla mucho tiempo: después de releerla lo destruiré en trozos muy pequeños y los arrojaré por este asqueroso retrete sin tapa en el que me veo obligada a evacuar mis miserias físicas desde hace cuatro años.

Cuando me preguntan, los abogados, los jueces, los periodistas, lo niego todo. Yo nunca hice nada de todo eso que dicen que hice, yo era otra víctima más a la que esas bestias codiciosas y sanguinarias tenían secuestrada y aniquilada. Es mi única esperanza de salir de aquí en un plazo razonable, de que tengan algún sentido los esfuerzos de mi familia en Francia y las asociaciones que convocan manifestaciones por mi liberación en las calles de París. Incluso de que ese pizpireto presidente que tenemos ahora logre algún día convencer al mexicano de que por razones excepcionales me indulten y me devuelvan a la civilización.

Pero la única razón excepcional que realmente pueden alegar es que yo soy francesa y rubia tengo los ojos azules y un pasaporte de la UE, que me acredita como miembro de la primera clase del mundo. Si yo tuviera un pasaporte mexicano y fuera una morena renegrada con cara de india, no habría nada que hacer, y nadie lo estaría intentando. Ésa es la cruda y completa verdad, y quizá me conviene tenerla presente para no acabar perdiendo del todo las referencias. Dicen que el momento en que te engañas a ti misma es el momento en el que ya todo está irreversiblemente perdido. Quiero salir de aquí, estoy dispuesta a mentir, tengo derecho, pero voy a procurar no mentirme.

El hecho cierto es que yo estaba allí. Que ayudé a vigilar a los secuestrados mientras duró su cautiverio. Que contribuí a la tortura psicológica que se ejercía sobre ellos para ablandar a sus familias. Que los amenacé, sobre todo a alguna de las secuestradas, por razones que a ambas nos incumbían y que tenían que ver con nuestra común condición femenina, que en ninguna situación, por humillante y extrema que sea (o en esas, más que en otras), nos privamos de explotar frente a esas mentes simples, y esa fisiología más simple aún, que dictan el curso de las acciones masculinas.

Es verdad, también, que le saqué sangre a ese niño para enviársela a su papá, junto a una oreja que recogieron de no sé qué niño muerto de la calle. Es verdad que supe, cooperé y nunca intenté huir. Habría podido hacerlo sin dificultad. No es que la puerta estuviera abierta. Es que yo tenía la llave.

Sé que si alguien leyera esto me preguntaría. ¿Y por qué? ¿Por qué una chica francesa de buena familia, con estudios, que llegó a México para conocer el país, acabó siendo una secuestradora y torturando a gente indefensa? Siempre hay una elección, un paso que das porque sí, porque quieres, y que te lleva a los otros pasos

que antes no habrías querido, pero que con ese paso previo pasas a querer, porque forman parte del paquete. Nunca había sentido con ningún hombre lo que sentí con él. Por eso, para no perderle, tuve que hacerlo todo. Incluso aterrorizar a esa cautiva calentorra que coqueteaba con él. Sí, todo por amor.

No espero que muchos me entiendan. Para los que sí lo entienden, porque sintieron el arrebató, no hay más que decir^[2].

EL GESTOR DE OENEGÉS

Cristian solía leer los periódicos, escuchar las tertulias televisivas y radiofónicas, e incluso seguir los blogs y los foros de Internet. Dedicaba a ello su buenas dos o tres horas todos los días, y las consideraba una parte crucial de su jornada laboral. No en vano, en esos círculos se forjaba, le gustara o no, la percepción pública de las cosas, y ése era un factor de la máxima importancia en su negocio. Cristian era (y así lo avalaba el correspondiente máster) un acreditado y curtido gestor de oenegés.

No podía sino estar preocupado. En cuestión de semanas, se habían sucedido unas cuantas noticias desafortunadas, sobre las que empezaba a elaborarse un discurso más adverso aún. Primero habían sido los tres cooperantes detenidos en Mauritania. A las reacciones de consternación iniciales habían seguido las suspicacias: organizar una caravana a través del Sáhara, llevando a 40 personas desde Barcelona, ¿era la mejor manera de gastar el dinero recaudado por la oenegé, incluidas cuantiosas subvenciones públicas, a fin de hacer llegar la ayuda a sus destinatarios? ¿No habrían hecho el mismo servicio, con más rendimiento y menos riesgo, unos contenedores enviados en barco desde Barcelona a Dakar, con un par de cooperantes para recibir y coordinar el reparto en el puerto de destino, aunque los otros 38 se hubieran perdido el viaje y la ocasión de ver atardeceres en el desierto?

Después vino el informe de Amnistía Internacional sobre los centros de menores, la mayoría gestionados por fundaciones y oenegés privadas, que recibían 3500 euros por chaval y mes y en los que, como también denunciaba el Defensor del Pueblo, los malos tratos, el abandono y la falta de recursos adecuados para encauzar tan delicado material humano eran evidentes.

Y para rematar, y volverlo todo sórdido y alarmante hasta el delirio, la protectora de animales, también subvencionada, donde los perros estaban comidos de parásitos, los cachorros morían de inanición y las ratas campaban a sus anchas por un espacio vital que los animales compartían con discapacitados psíquicos presumiblemente explotados por la entidad benéfica.

Cristian era un profesional consciente, eficaz y sensato. Por eso comprendió que se estaba rebasando el límite. Para él, el asunto estaba claro. La sociedad no quería ocuparse de algunas tareas desagradables, penosas y/o desesperadas. Ahí era donde había surgido el mecanismo de las oenegés, que asumían la función, en algunos casos por altruismo (siempre hay gentes beneméritas), pero en su conjunto como una actividad especializada dentro de la economía de mercado y con arreglo a sus leyes.

Y es que a fin de cuentas se trataba de una actividad desempeñada por personas que obtenían un lucro, ya fuera moral, lúdico o, como era su caso, directamente económico: nunca había consentido trabajar para una organización que no le pagara por sus conocimientos un buen sueldo, y que no recaudara lo suficiente para atender los costes, incluidos los salarios de sus colaboradores.

El tinglado funcionaba siempre que esto no se proclamara mucho. Discreción,

tanto en la recogida de beneficios, como en el volumen y la naturaleza de los gastos. Y ahora venían estos aficionados y estos indeseables (y lo que era peor, los indeseables y aficionados) a echar por tierra con sus torpezas el edificio tan laboriosamente levantado por muchos. Cristian pensó en su propia oenegé. No todo en ella resistiría una exposición absoluta a la luz, y menos a la malicia de los tertulianos. Tenía que empezar a pensar, por si acaso, en alguna alternativa. En menudo momento.

CRUCE DE CARRETERAS

El pronóstico se había cumplido, y las previsiones de Roberto también. Había nevado a primera hora de la mañana en Madrid, y ello había traído el consabido caos circulatorio, agravado por el colapso de los transportes públicos, igualmente sensibles a las inclemencias meteorológicas. Roberto sabía que, en un día así, no servía seguir los consejos de las autoridades, que se limitaban a recomendar que no se cogiera el coche. Para empezar, él tenía una combinación de transporte público penosa, y ya se había hartado de hacer el primo siguiendo esas recomendaciones para al final llegar una hora tarde y andar teniendo que pedirle justificantes del retraso al jefe de estación.

Por eso, Roberto aplicaba su propio remedio. En días así, se levantaba a las cinco y media y se ponía en marcha antes de las seis. A esa hora la nevada aún no había cuajado y las carreteras estaban vacías. A las seis y veinte estaba sentado en su oficina con el ordenador encendido. Más de hora y media antes de lo que debía, pero era un rato que sacaba para sí, aprovechándolo para leer, ver el periódico y saborear tranquilo un café.

En el periódico, casualidad o no, se encontró con varias historias de carretera. Una, la más chusca de todas, era que el director general de Tráfico había tenido un accidente de moto. Una placa de hielo, decía, y recomendaba tener cuidado con ellas. En fin, si el que debía cuidar de todo no sabía que con nieve no hay que sacar la moto, aviados estábamos. La segunda, amarga y trágica, la muerte de cuatro chicos, tres menores de edad, al chocar frontalmente el coche en que iban, conducido por el único mayor de 18 años, con un camión de la basura. A las tres de madrugada en una carretera secundaria. No había que ser Perry Mason para imaginarse con bastante detalle el resto.

Y la última, verdaderamente desdichada: un guardia civil que había muerto arrollado por una conductora mientras trataba de señalizar el lugar del accidente sufrido por otra. El guardia había estado en Kosovo y Afganistán. Y después de pasar por allí sin un percance, fue a quedarse sobre el asfalto de la A-6.

La suma de estas historias le dejó a Roberto mal cuerpo. La crueldad de la carretera, o la inconsciencia de los que la usaban, o la suma de ambas, podía ser terrible. Pero como eran las ocho en punto, cerró el periódico digital y empezó a trabajar.

A las ocho y veinticinco sonó el teléfono. Era su jefe. Que se había quedado bloqueado por la nieve en su residencia de la sierra. Que no iba a poder ir y que trabajaría desde casa, con su portátil y su Blackberry. Que le pasara las llamadas al móvil.

Roberto escuchó mientras miraba al resto de curritos, que en su mayoría habían logrado llegar a tiempo, o con leves retrasos. Y pensó en decirle a su jefe que ya debería haber contado con que en la sierra podía nevar cuando se compró la casa. O

que para qué demonios quería el BMW X5 con tracción a las cuatro ruedas y sistemas de estabilidad de vanguardia, aparte de para fardar en el garaje de los 60.000 euros que costaba y que afrontaba la empresa a través de un costoso renting del que Roberto archivaba cada mes las facturas. Pensó en decirle también que por suerte no era un currante, obligado a pedir justificantes para todo, ni un guardia civil que en medio de la nevada tuviera que echarse a la calzada a poner un cono para que la gente no se matara, con la mala suerte de que lo arrollaran a él. Pensó en decirle que era un jeta y un gallina, pero tan sólo dijo:

—Claro, jefe. Que tengas un buen día.

HIJO DE NADIE

Cuando nací, no tenía una madre, sino tres cosas aproximadamente parecidas a ella. La primera, a la que llamaremos A, era la mujer que lo había organizado todo para que se acabara produciendo mi nacimiento. Debido a su incapacidad biológica para concebir, A dio entrada a mi segunda *cuasimadre*, a la que llamaremos B, y que fue quien donó el óvulo del que salió la mitad de mi ADN. Pero por alguna circunstancia que se me escapa, posiblemente que B no tenía el más mínimo deseo de soportar un embarazo y mucho menos un parto, este cometido le fue asignado a una tercera mujer, a la que me referiré como C. Fue ella la que, después de que el óvulo fuera fecundado, se prestó a alojarlo en su útero para que fuera allí donde se desarrollara y se convirtiera en el niño que finalmente resultaría ser yo.

De todas ellas, la que estaba llamada a figurar legalmente como mi madre era, paradójicas de la vida, la que menos roce había tenido conmigo en todo el asunto de mi concepción, gestación y alumbramiento; es decir, A. Su derecho le venía dado por haber tomado la decisión, por haber pagado a las otras dos, a una por su óvulo y a la otra por su útero, y porque en virtud de todo ello las autoridades de mi país le reconocían la preferencia sobre B y C. También, todo hay que decirlo, porque ni B ni C aspiraban a criarme. Todo lo que ansiaban obtener con su intervención en mi surgimiento eran los dólares que A les había comprometido a cambio de sus respectivas prestaciones.

Sobra decir que había un cuarto personaje, al que podemos llamar D, o Z, o directamente Don Nadie. Era el tipo, con toda probabilidad un universitario corto de fondos, que un buen día y sin una idea mejor para sacar pasta, había acudido a hacer una entrega de su material reproductivo al banco de esperma donde se surtió A para fecundar el óvulo de B que había de recibir C. Pero dada su exigua participación en toda la historia, más allá de poner el azul de mis ojos y mi estatura, que al parecer nada tienen que ver con la familia conocida de B, podemos prescindir de él. Al menos, yo he podido hacerlo sin ningún problema durante toda mi existencia, y estoy resuelto a mantenerlo así.

Todo estaba, pues, dispuesto para que yo fuera el hijo de A, una exitosa profesional soltera de 44 años que me habría mantenido a salvo de estrecheces materiales y me habría dado una buena educación y quién sabe qué más. Pero nuestra relación quedó inédita, porque al recibir la noticia de mi nacimiento sufrió una insuficiencia cardiaca que acabó con su vida.

Ni B ni C estaban por la labor de acompañarme en mi aventura sobre este planeta, y menos en sus primeras fases, marcadas como es costumbre de la especie humana por la ineptitud y la dependencia más absolutas. En cuanto a los herederos de A, prefirieron renunciar a la herencia antes que cargar conmigo (resultó que como consecuencia de la crisis de 2009 la situación económica de A no era tan saneada como parecía), y así fue como con tres posibles madres, acabé siendo el hijo de nadie.

Pero había nacido en un país civilizado, y las autoridades proveyeron. Acabé teniendo una madre, un padre y unos hermanos, todos adoptivos. Ellos son la gente en que suelo pensar como mi familia. Con todo, no puedo olvidarme de A, la mujer que soñó y costeó una utopía, yo, que al final no sólo fue posible, sino algo más divertida de lo que prometía en sus comienzos.

120.000 EUROS

Este año, los Reyes han sido generosos conmigo. Y sin necesidad de comprar lotería ni nada de eso. De hecho, este año, quienes la han comprado hicieron el primo, teniendo en cuenta que el ochenta por ciento del dinero del primer premio del Niño se lo ha llevado Hacienda. La culpa la tiene un número de esos poco atractivos, el 58.588, que a nadie le gustó mucho en ese pueblo de Cataluña donde lo vendían y que sólo compraron los despistados que no miran demasiado las cifras o los temerarios a los que no les importa bailar con la más fea.

Yo nunca he sido temerario y siempre procuré no andar más despistado de la cuenta, pero en el bombo de la vida me salió un número feo y me ha tocado participar sin elegirlo yo en el baile más desagradable. Un baile, por otra parte, no exento de sadismo, porque el que se ve en alguna ocasión forzado a seguir una mala melodía (o buena, pero con indeseada pareja) como mucho tiene que mantener el esfuerzo durante unos minutos, y a mí, en cambio, me ha tocado estar en danza durante años.

Por eso, supongo que debería sentirme reconfortado por este gesto de Sus Majestades de Oriente. 120.000 eurazos en plena crisis. Más de uno que me oyera decirlo con tan poco entusiasmo se tiraría de los pelos. Alguno de esos cientos de miles que agotado el paro andan con la pobre limosna del subsidio, por ejemplo. O de los que agotado el paro y el subsidio se asoman de vez en cuando a la ventana del piso hipotecado y ven quince o veinte metros más abajo la acera susurrándoles «ven».

Pero lo siento, me cuesta mucho entusiasmarme. Y no es que yo no tenga predisposición a la alegría, que si la memoria no me falla, la tengo o la tuve. Pero hay cosas que a uno lo cambian para siempre, y a estas alturas no sé si pesan más las desgracias propiamente dichas o las consecuencias de las desgracias. Y sobre todo, la forma tenebrosa y cruel de paliarlas que tiene esta maquinaria de la que te guste o no formas parte, por el solo hecho de nacer en un país y ser etiquetado con el documento de identidad que expide la organización que lo regenta.

Fue duro, sí, muy duro, que un inconsciente que estaba haciendo acrobacias con un avión militar encima de mi pueblo (para impresionar a una novia o a un pariente, ya ni lo sé ni lo quiero saber) lo estampara contra mi casa. Fue terrible, ya se lo imaginan, que en ese momento estuvieran en la casa mi mujer y mi hija, que se volatilizaron en la bola de fuego que produjo el caza al impactar contra mi aún no pagada vivienda.

Pero ha sido casi peor tener que pleitear durante todos estos años contra el Ministerio de Defensa para que reconociera la culpa que le tocaba por haberle puesto esa máquina de matar en las manos a un insensato, y para que reparara el daño, en la medida exigua que permiten la ley y la naturaleza.

Y bueno, después del calvario judicial ya tengo sentencia. 120.000 euros. Eso es lo que valen mi mujer y mi hija. O no, no tanto, porque 48.000 me los dan por la pérdida de mi casa y los recuerdos que contenía. 72.000 euros por ellas, 36.000 cada

una. Se supone que debería estarles agradecidos, señorías, por darme lo que otros me regatearon. Pero perdónenme, y también ustedes, sus augustas majestades. Y ustedes, señores parados con o sin subsidio. Perdónenme todos si lo que me sale no es dar las gracias, sino pensar en unos cuantos culos por los que me gustaría meter en gruesos tacos todos esos billetes.

MALDITO ENCUADRE

De entrada, el encuadre parecía bastante logrado. El eurodiputado estaba en su despacho, y los despachos del Parlamento Europeo no son moco de pavo (y menos aún, los de un jefe de filas de uno de los grupos de la cámara). Espacio amplio, mobiliario racionalista, y unas tonalidades cromáticas, a esa hora nocturna y con la bien medida iluminación artificial, realmente atractivas.

Repasó todos los elementos. Un trozo de moqueta, el ventanal abierto a la noche, las paredes decoradas con sobria elegancia, el monitor del ordenador con un suave fondo azul marino. Incluso la gran pantalla de plasma, encendida y situada en el lado izquierdo del cuadro, contribuía a reforzar y equilibrar la composición. Era de unas cuarenta pulgadas, con lo que venía a construir en torno al eje central de la imagen una adecuada simetría con el conjunto que formaban la mesa y el ventanal oscuro.

El realizador, desde los estudios centrales de Madrid, dio inmediatamente su aprobación. El cámara que estaba en Estrasburgo conocía el oficio, no como otros. En aquellas conexiones en directo para el informativo nocturno, siempre preparadas sobre la marcha, a veces se encontraba con cagadas de marca mayor, que además ya no cabía rectificar, porque con una sola cámara, y con un plano que debía alternarse con la señal de Madrid y las imágenes de archivo (cuando no disponerse en pantalla partida o en mosaico con ellas) resultaba muy difícil hacer ningún cambio sin que se notara en los ocho o diez minutos que duraba al final la pieza, suponiendo que llegara a tanto.

El realizador dio pues vía libre y el eurodiputado entró en directo. Mientras el conductor del informativo presentaba la entrevista y le lanzaba la primera pregunta, intercalaron un par de veces el plano del parlamentario escuchando con rostro circunspecto a su interlocutor. El tema era de gran trascendencia, la presidencia semestral española de la Unión Europea y la ratificación de los miembros de la nueva Comisión. Fue entonces cuando el realizador advirtió algo raro en la imagen.

¿Qué era lo que estaba viéndose en la gran pantalla de plasma? Costaba precisarlo, pero era una película. Y lo que en ese momento sucedía en ella era... No podía ser.

Pero sí, era. Lo vio cuando fijaron la imagen en el eurodiputado que respondía ya a la pregunta. Una mujer desnuda y apoyada sobre una mesa recibía por detrás las embestidas de un hombre también desnudo. El rictus facial de la dama, en primer término, transmitía con gran intensidad dramática sus obvias sensaciones en medio de la fogosa faena. Inopinadamente, toda España estaba siendo informada, además de los grandes retos de la Unión Europea, de la programación televisiva que seguían los eurodiputados en sus despachos y con los medios que los ciudadanos les sufragaban para, supuestamente, enfrentar esos retos.

El realizador hizo virguerías. Partió la pantalla (colocando al entrevistado a la izquierda, para que no se viera la ardiente escena de fondo, lo que daba lugar a una

composición forzada y lamentable) y dio prioridad a la imagen de archivo y a la señal de Madrid. Pero de vez en cuando no tenía más remedio que intercalar planos completos del entrevistado, y aunque esperaba a que cesara el coito y entrara otra línea de acción de la película, en cuanto le daba entrada volvían los dos amantes al alarde carnal.

Esa noche, el realizador descubrió lo largos que pueden hacerse ocho o nueve minutos. Y lo feo que puede llegar a ser, cuando la necesidad lo descabala, el maldito encuadre.

CHICAS DE CATORCE

X es una chica de catorce años de Puerto Príncipe, Haití. A las 18.50 horas del 12 de enero de 2010 estaba en su casa, cuando la tierra empezó a temblar. La sacudida se prolongó durante un minuto eterno, pero X sólo tuvo ocasión de constatar lo interminables que resultaban los dieciocho segundos que tardó en desplomarse su humilde vivienda sobre su cabeza. Los suficientes para que el pánico la sobrecogiera. Pocos, sin embargo, para llegar a razonar que tenía que salir corriendo a la calle antes de que el techo se le viniera encima. Luego pensaría que tampoco debía atormentarse por eso. Incluso si se le hubiera ocurrido, era muy posible que no le hubiera dado tiempo a huir.

Con el desmoronamiento, tras el que la tierra siguió temblando y zarandeando los escombros, X perdió la consciencia. La recuperó no mucho después, a tiempo de percibir desde su prisión de cascotes las dos réplicas del seísmo. Fueron mucho menos brutales que el primer temblor, pero si acaso eso podía resultar tranquilizador para quienes las estuvieran experimentando en la calle. Para X, sepultada bajo los restos de su casa, tuvieron, cada una, la angustia de un instante terminal.

Sea como fuere, sobrevivió a ambas. Y entonces, lentas y espesas como gusanos de tierra, empezaron a transcurrir las horas. X era fuerte y gozaba de buena salud. Y tenía miedo, mucho miedo, pero no llegaba a traducirlo en ese tipo de elucubraciones existenciales que precipitan la locura de los hombres en los trances desproporcionadamente adversos. Era una chica alegre, que hasta entonces había vivido sin complicaciones, más allá de las inherentes a una miseria que, por habitual para ella desde que tenía memoria, no representaba un peso insoportable. Las horas se convirtieron en días, y ahí fue cuando X empezó a perder la cuenta, con el sueño que la vencía de cuando en cuando, mitigando el hambre, la sed, el dolor, la ansiedad.

Los hombres que la sacaron le proporcionaron el cómputo: ocho días, ocho, había pasado bajo las ruinas. Era la superviviente de más larga duración de toda la catástrofe. Un récord casi inaudito. X sonrió. Los médicos españoles que la reconocieron le dijeron que estaba bien, que se recuperaría pronto. Entonces X supo que era una persona con estrella. Y no lo olvidó.

Z es una chica de catorce años de Zaragoza, España. El 12 de enero a las 18.50 horas de Haití, que para ella eran las 00.50 del día 13, estaba durmiendo en su cama, y nada sintió. Luego, con los años, se empeñaría en recordar que en ese momento algo se enredó en su sueño, una sombra, un estremecimiento. Mientras ella dormía, su madre, subinspectora de policía destinada en la misión de cooperación de la ONU en Haití, quedaba atrapada bajo los escombros del edificio en que se alojaba.

Los equipos de rescate tardaron en encontrarla casi los mismos ocho días que les llevó dar con X. Pero la madre de Z apareció muerta, inconfundible en su uniforme,

que había vestido hasta el instante último de su vida, llevando como pocos al extremo el servicio a lo que aquellas ropas representaban.

Los supersticiosos dirían que la diferencia entre la suerte y el infortunio de estas dos chicas de catorce estaba ese fatídico día 13 que era para Z el día 12 de X. Pero Z, a quien tampoco se le escapó la fecha, acabó pensando algo diferente. Tenía toda la vida por delante para demostrar que era digna hija de su madre. Y como X su fortuna, tampoco ella olvidaría el orgullo de haber nacido de una mujer que supo sacrificarse por los desheredados.

PAD, LLAMADLO IPAD

No es que la experiencia le resulte nueva. Gracias a otros lanzamientos, domina la escenografía, y es consciente de los efectos que puede desencadenar. Nada más eficaz que la combinación de secreto y espectáculo. Hasta ese preciso momento, todo lo que debía permanecer oculto ha sido preservado. Ha habido alguna filtración menor, torpezas de gente que no sabe merecer la confianza que se pueda depositar en ella. Pero, justamente por eso, ninguno de esos potenciales bocazas está al corriente de lo que de veras es esencial que no se sepa antes de tiempo.

Lo que ahora él, solo en el escenario y con su nueva criatura en la mano, se dispone a revelar al mundo en su enésimo y quizá más deslumbrante golpe de consumado prestidigitador.

Sabe que lo están siguiendo desde todas partes del globo. Los expertos en tecnología y los analistas financieros que mañana deberán reevaluar al alza, de eso está seguro, la cotización de la compañía. Pero también multitud de usuarios, los mismos que han respaldado con su entusiasmo (y su bolsillo) sus productos anteriores. Esos que representan, en buena medida, la inteligencia creativa del mundo, con los que ha sabido establecer la más perdurable de las alianzas: la que nace de la seducción, de compartir una mente audaz y la pasión por lo bello.

Por eso, se mantiene fiel a su estilo. Pantalones tejanos. Jersey negro de cuello alto. Su barba canosa, corta. Sus gafas de antiguo empollón que ya no tiene que demostrarle nada a nadie. Cómodo, informal, confiado. La imagen es también el producto. Como trabajador y gestor de equipos es férreo y exigente. Pero ahora que todo está ya hecho, no hay que gastar esfuerzos en ofrecer esa apariencia ortopédica de tantos presuntos líderes. Al revés: debe sugerirle al cliente que ha hecho algo que le proporcionará una experiencia confortable, en el trabajo y en el ocio.

Sale, lo muestra, sonrío. Y su sonrisa se vuelve felina cuando desvela el primero de los secretos que nadie acertó a adivinar. Que si *iTablet*, que si *iSlate*... Todos esos nombres le pusieron, y hasta algún competidor se aprestó a utilizarlos en sus torpes ingenios. Pero no, nada tan rebuscado. Una vez más, aprovechará la economía insuperable del inglés. *Pad*. Llamadlo *iPad*. No hace falta más. Nadie podrá ya, es evidente, llegar a menos.

Se recrea detallando sus dimensiones, describiendo las características del *hardware*, contando las virtudes del *software* ya incorporado y del que podrá incorporar, decenas de miles de aplicaciones ya existentes y las que vendrán en el futuro. Suficiente para apabullar a cualquiera de sus rivales. Pero esto sólo es el principio. Quedan los dos verdaderos bombazos.

El primero: *iBooks*, la librería del futuro. Antes, una malévolamente alusión a esos *e-readers* prehistóricos y grises que tantos vendían como la sensación de las Navidades. Tras él, la pantalla muestra el más difundido. Y ahora, ved los libros en el iPad... Es como pasar del cine mudo al Technicolor con Dolby Digital y 3D. Y ya he enredado a

los cinco grandes editores. Adivinad lo que tardarán en venir con la lengua fuera todos los demás.

Pero si queréis empezar a entender la revolución que estáis presenciando, esperad. Tiene *WiFi*. Tiene 3G. Tiene flujo de datos ilimitado por 29 dólares al mes y sin contrato. Y lo vamos a vender desde... 499 dólares. Tan sólo diez más que esa castaña antediluviana que acabo de mostraros y que sólo lee libros.

La competidores palidecen. Este Steve es Dios.

SOLDADO ESPAÑOL

El redactor estaba tecleando el texto de aquella información de forma rutinaria. Todo lo rutinario que puede ser el ejercicio de dar cuenta de que una persona ha perdido la vida a muchos miles de kilómetros del lugar donde nació y en la flor de la edad. Pero para bien o para mal, así es el mundo del periodismo: aquel no era el primer muerto en aquellas mismas circunstancias. De hecho, era tan sólo el último de una serie que ya comprendía varias decenas. Pero de pronto, sin saber por qué, el redactor se quedó parado. En medio de todos los detalles comunes y consabidos, que plasmaba en su escrito tal y como lo había hecho en tantas otras ocasiones, hubo uno que le chirrió.

No era nada relativo a la descripción del hecho. Así era como se habían producido muchos de los casos anteriores, y la mecánica de los acontecimientos era tan simple como invariable. Releyó las palabras con que esta vez, como otras, la había descrito: convoy, blindados, mina, explosión, militares, talibanes, enfrentamiento, repeler, agresión, bajas, atacantes, heridas, falleció, apoyo aéreo... No encontró la palabra «atentado», que él se negaba a utilizar. Desde su punto de vista, el ataque sufrido por unas fuerzas militares de ocupación (por mucho paraguas de resoluciones de la ONU que tuvieran) e infligido por insurgentes arraigados en el terreno y que invocaban su liberación de una manifiesta dominación extranjera (por muy fundamentalistas religiosos que fueran), no era un atentado, ni tampoco terrorismo. El terrorismo, para él, tenía por objetivo civiles indefensos o uniformados cuya presencia duradera acreditase su vínculo con el territorio en que se les atacaba, en condiciones de razonable objetividad. Lo que él estaba contando prefería desde siempre describirlo como «emboscada», una palabra neutra que se refería a esa técnica de ataque clásica, y propia de la confrontación entre fuerzas armadas asimétricas.

Fue al mirar el retrato de aquel joven latinoamericano de 21 años cuando dio con lo que de pronto le incomodaba. Se refería a él como «el militar de origen...». Y seguía la nacionalidad que le correspondía por el país en que había venido al mundo.

De repente, al redactor, un treintañero que ya no había hecho la mili (y que habría objetado si hubiera seguido existiendo), aquella acotación le pareció ruin e indigna. En el hombro de la guerrera que llevaba aquel joven se veía una bandera española. La bandera por la que había caído. La de un país que ya no exigía a sus hijos que la juraran y la defendieran, y que encargaba esa labor a jóvenes venidos de lejos; siempre inferiores en todo lo que se propusieran hacer o emprender en la vida civil, y a los que se les cuestionaba hasta el derecho a empadronarse, pero no el de morir por lo que quedaba del país que ese trapo simbolizaba.

Corrigió. Antes de su nombre, en lugar de la cicatera perífrasis, puso simplemente: «el soldado español...». Y en los días siguientes comprobó con íntima satisfacción cómo muchos compañeros de otros medios se adherían a su elección de estilo.

El redactor siempre había tendido a creer que muertos así eran seres ingenuos y

equivocados. Jóvenes alistados a la guerra de otros, pobre carne de cañón utilizada por el Imperio o por sus adláteres forzosos (ya que el Imperio les protege y les exime de llevar en masa a su gente, algún peaje simbólico han de pagar), y que por obnubilación, imprudencia o simple desesperación renunciaban a su propio interés y su propio proyecto.

Pero la cara de aquel soldado le dio que pensar. No se equivoca quien da la vida, sea cual sea la causa, y aun si es dudosa. O al menos, no más que quien, por lo que fuere, la regatea.

FÁBULA DEL ESCORPIÓN

El consejero delegado examinó el informe que le había hecho llegar el director de su departamento de mercado de capitales. Las posiciones que habían tomado días antes se habían revelado sobradamente acertadas. Se habían sustraído a la tormenta, aunque por el volumen de dinero que habían desplazado (no en vano su banco figuraba en el selecto club del *top ten* mundial) más bien correspondía decir que habían contribuido a alimentarla.

Entre ellos, y todos los demás que habían movido todo lo posible de euros a dólares, incluyendo las acciones cotizadas en ambas divisas, después de dejar casi desiertas las subastas de deuda pública de los países más vulnerables de la eurozona, habían desencadenado un verdadero cataclismo. De sus proporciones hablaban bien a las claras esas caras crispadas de varios primeros ministros (alguno de ellos, obligado a jurar por sus ascendientes que no era un moroso). O esa visita atropellada (y en el fondo, tan poco digna) de la vicepresidenta económica española a las oficinas del principal periódico de la *City*, para darle coba y convencer a sus redactores de que dejaran de poner en cuestión la solvencia del reino al que representaba, previa entrega de un PowerPoint descriptivo de todos los ajustes a que se comprometía, moderna versión del propósito de enmienda o del pagaré al portador, expedido a favor de los mercados.

El consejero delegado, como todo el mundo, tenía un pasaporte y ostentaba una ciudadanía. Incluso su banco tenía un domicilio social, por el que le correspondía una nacionalidad. A ellas habían apelado él y sus congéneres un año atrás, cuando estaban a punto de suspender pagos tras quedarse gripado el motor que hacía circular el flujo internacional de capitales. Todo por el desplome de la ficción de precios inmobiliarios que mantenía equilibrados los balances de los bancos que, como el suyo, habían prestado sumas desmedidas a la gente para comprar casas. No se podía dejar caer el sistema financiero del país, y si los gobiernos estaban formados por patriotas, debían pedir a los contribuyentes, pudientes y no tanto, que se rascaran el bolsillo, y en caso necesario emitir deuda, para rescatar a los banqueros.

Ahora que ellos habían recompuesto sus cuentas, las que se habían quedado hechas unos zorros eran las de los gobiernos. Y en fin, en otro mundo quizá alguien les hubiera exigido devolver el favor de alguna forma. Al menos, al consejero delegado, persona recta y no especialmente desalmada, sus inclinaciones personales le decían que un mínimo sentido moral exigía ser ahora solidarios con su salvador. Pero dirigía un banco, y competía con otros que no iban a andarse con contemplaciones. Fuera cual fuera su ética individual, lo que su responsabilidad ante los accionistas le exigía era sacar el aguijón, como el escorpión de la fábula, e hincarlo en el lomo de la pobre rana que le había ayudado a vadear el río, porque esa era su naturaleza. Lo más que podía hacer era esperar a que estuvieran lo más cerca posible de la orilla, aunque tampoco mucho, porque entonces los demás escorpiones

se le adelantarían y rebañarían la ganancia. Por eso habían clavado el estoque, todos, y el destrozo había sido mayúsculo.

Pero en el fondo, quién quería tener alma de escorpión. Ahora que habían tirado los precios al máximo, era el momento de reposicionarse. Los gobiernos (es decir, los contribuyentes) volverían a esforzarse para salvar a los países tocados. Con su respaldo, el euro repuntaría. Ordenó regresar a la divisa común, recomprándola más barata. El banco, una vez más, seguía ganando.

LA ESPADA Y EL JUSTICIERO

Releyó el texto que acababa de componer. Al paladear de nuevo sus propios párrafos, se acordó de aquella vieja dialéctica entre la pluma y la espada, entre las armas y las letras y sus respectivas noblezas y potencias. Cervantes, con su nostalgia de soldado tullido, no había estado demasiado fino al comparar unas y otras. Porque la espada podía ganar la escaramuza, sí, pero era la pluma, a la postre, la que ganaba la Historia.

Unos espadones habían creído que podían atajar el curso libre y soberano de un pueblo para reconducirlo por donde ellos creían que debía transitar. En tamaño alarde de soberbia los guiaba la educación roma y trasnochada que habían recibido en las siniestras escuelas militares donde dieron troquel a sus cerebros, complementada después con la carnicería aventurera de una guerra colonial. Y como si se enfrentaran a aquellos bereberes sanguinarios a los que habían combatido en las montañas norteafricanas, atacaron y redujeron a sus compatriotas disidentes.

Unos a la fosa, otros a la cárcel, y el resto aterrizados en el cuartel en el que convirtieron al país entero, haciéndolo marchar durante décadas a toque de corneta, desde el alba hasta el atardecer. Saborearon lo que creían su triunfo, repitieron una y otra vez en su rancia propaganda la gloria inventada de sus gestas, se regodearon una y otra vez en la humillación de los vencidos. En el desprecio hacia la pobre debilidad de sus ideas.

Pero ahí estaba él, para enmendar aquel renglón torcido de la Historia. Frente al despliegue de cañones, tanques, aviones, fusiles y ametralladoras con que ellos se habían impuesto en aquella sórdida guerra civil, él no tenía más que la pluma. O para ser más exactos, el ordenador en el que adquiriría forma su texto. Pero detrás de él, había algo con lo que no contaban, ni aquellos difuntos golpistas ni sus herederos vivos: la determinación de un hombre dispuesto a corregir la injusticia. Y el poder que le atribuían las leyes: nada menos que el de ordenar a otros hacer y deshacer, so pena de incurrir en delito y arriesgar la cárcel. Un poder que había usado con firmeza y audacia una y otra vez, sin rehuir ese momento dulce que consistía en decretar el encierro del malvado, sobre todo cuando era un malvado poderoso que recibía la noticia con cara de incredulidad.

Así pues, firmó el auto. A aquellos miserables no podía encarcelarlos, porque hacía muchos años que criaban malvas. No era la primera vez que se le escapaba el reo. Algún otro se le había escurrido entre las manos, amparado en las trabas a la extradición, dándose a la fuga pura y simple o recurriendo a cualquier argucia procesal. Pero eso no lo desalentaba. A quien no podía encarcelar, le quedaba el recurso de marcarlo como leproso. Un desquite parcial, pero que no dejaba de confortarlo.

Por eso pidió las partidas de defunción de aquellos notorios fallecidos. Para imprimirles, por obra y gracia de esa diligencia rutinaria, el estigma de malhechores,

y dejar bien claro que si no se les imponía la pena que les correspondía, era sólo porque la muerte veloz se había adelantado a la lentísima justicia. Pero que ésta los había alcanzado, al fin, que para eso ahí estaba él.

Firmó el auto y sintió que a través de él pasaba la reivindicación de toda una nación agraviada. Incluso se le erizó el vello.

Por eso, quizá, le costó tanto entender que meses después lo sentaran en un banquillo por ese auto. Manifiesta incompetencia, ignorancia de las leyes de amnistía, afán desmedido de protagonismo, vulneración del procedimiento. Prevaricación. Todo eso le achacaban. Tras todas esas fruslerías de leguleyos, sintió el filo frío de la espada, que se cobraba, feroz, su venganza.

MALDITA LUZ

Desde que se había desatado el infierno, no sabía en qué ocupar sus horas. A ratos probaba a bajar las persianas, tenderse y cerrar los ojos. A ratos conseguía adormilarse y olvidar. Pero al cabo de unos minutos, despertaba y el infierno seguía allí.

No se consideraba una mala persona. Más bien, si tenía que aventurar un diagnóstico sobre sí propio, tendía a pensar que lo que afeaba su carácter, y le había traído aquel escarnio y aquel descrédito, era más debilidad que vileza. Que ser débil le hubiera conducido a comportarse de un modo vil era otra cosa. O eso quería creer, para rebajar su culpa y su desesperación. En los últimos dos días, desde que saltara la noticia, había pasado mucho tiempo rezando, preguntándole a Dios si la falta era toda suya o si cabía buscar excusa en una naturaleza deficiente que él no había elegido y que era, en fin, designio de su Hacedor.

Pero Dios no le respondía, y lo que leía en cambio eran los cientos de comentarios que la noticia de su desliz suscitaba en las ediciones digitales de los periódicos. Para la mayoría, era un ser repulsivo sobre el que debía recaer un castigo ejemplar. Los que admitían que pudiera estar enfermo, y que esto movía a ver con cierta comprensión su conducta, eran una franca minoría.

Había en el ejercicio de leer todas esas opiniones, en su mayoría anónimas, una suerte de masoquismo morboso, o tal vez el reconocimiento de que no se fiaba de su propio discernimiento para alcanzar un veredicto consistente. Ningún sistema puede explicarse por entero desde sí mismo, recordó de pronto. Era una formulación matemática, vestigio de otros tiempos y otros afanes; pero aquella dichosa incompletitud de Gödel le pareció iluminadora, y la conclusión que imponía, tan cruda como obvia: podía devanarse los sesos, si quería, que no llegaría a resolver la disyuntiva. Debía dejársela a los demás. Y al olvido... ¿Llegaría alguna vez a borrar de su conciencia aquella foto de sí mismo en calzoncillos, y con ella la certeza de que miles, acaso millones de personas la habían visto y se habían asqueado ante su imagen?

Pero no sólo era la foto, y aquel texto impropio, infame, bochornoso, que en su ceguera había redactado para acompañarla. Estaba el dinero, aquellos miles de euros de la Iglesia y de los necesitados que habían ido a sufragar las depravaciones a que lo empujaban sus apetitos insanos, su incansable demonio íntimo. Tras la suspensión, le esperaba el más espantoso de los túneles. Sólo podía abandonarse a la justicia de su Madre, la misma a la que había ofendido, y aguardar de su misericordia.

Navegando entre aquel océano de inmundicia que le atañía, se tropezó con otra historia. La de una famosa y bella actriz china que por unos asuntos de amoríos adúlteros, y unos incumplimientos de contratos, estaba siendo linchada en la Red por los cientos de millones de internautas chinos. Mal mirado, lo suyo era aún peor. Cuando menos, eran muchas más las personas que estaban vomitando sobre ella su

encono y su desprecio.

Aunque no le consoló, la historia le distrajo. La indagó y llegó a la conclusión de que algo de imprudencia y algo de ligereza podía imputarse a la megaestrella caída. Pero tan desproporcionado era lo que se había desencadenado sobre ella, que movía a compasión. Y el sacerdote réprobo, acordándose de su propio infortunio, sintió que el demonio manejaba gozoso aquella luz amplificada que caía con furia sobre los infelices, como la actriz o como él mismo, para convertir su fallo en hecatombe.

Aquella maldita luz a la que se habían expuesto ambos, con su torpeza él, con su belleza ella: la devastadora mirada de los otros.

MATERIAL DE DESECHO

Vanessa colgó el teléfono con una sensación de incredulidad. Le parecía mentira que al fin hubiera logrado convencerlo, a aquel hombre. Todos sus intentos anteriores se habían estrellado contra la inmovible testarudez del individuo, que a su parquedad de expresión unía una notable capacidad de ignorar las súplicas ajenas. Bien podía decirlo así: en repetidas ocasiones Vanessa le había suplicado al hombre que reconsiderara su posición. No tenía ningún sentido empeñarse en conservar aquello, con todos los problemas que a ella le causaba, y sin ninguna utilidad para nadie. Pero su interlocutor no atendía a razones, alegando la imprecisa necesidad que pudiera surgirle en el futuro. Con lo que le dejaba bien claro que los problemas actuales que pudiera tener Vanessa a cuenta del asunto le preocupaban mucho menos que los inconvenientes hipotéticos que a él le pudieran alcanzar. En fin, el ser humano: el egoísmo ante todo.

Pero algo le había hecho recapacitar, y Vanessa de pronto cayó en la cuenta. Faltaban dos meses para que se cumpliera el tercer aniversario del contrato. Y por tanto, para que ella decidiera prorrogarlo tácitamente un año más o, por el contrario, marcharse. Tres años pagando puntualmente una renta que no era desdeñable, sin retrasarse ni un solo día. Su casero tenía otros pisos, y amigos arrendadores. A estas alturas, ya debía de saber lo que valía un inquilino solvente y cumplidor, en estos tiempos en que a la gente se la llevaban por delante con un ERE y le dejaban con poder adquisitivo cero de un día para otro.

Así que era eso. Por eso se había vuelto tan suave, tan colaborador, tan comprensivo, el viejo zorro. En fin, daba igual por lo que fuera. Su problema estaba resuelto, y no iba a esperar más.

Fue a ver al portero y le dijo que tenía por fin permiso de su casero para deshacerse de los muebles viejos que llevaban tres años estorbándole. Le preguntó cómo se hacía, si había un servicio del ayuntamiento o algo, si tardarían mucho en venir.

El portero le sonrió y le dijo:

—Baje sólo una silla. Y démela.

—¿Cómo?

—Haga lo que le digo. Subo con usted y traemos dos.

Aquel hombre le caía bien, y Vanessa le tenía confianza. Así que hizo lo que le decía. Bajaron dos sillas y las sacaron a la calle. Las colocaron sobre la acera y el portero le dijo:

—Ahora a esperar. No tardarán mucho.

Tardaron escasamente cinco minutos. Eran una pareja joven, en una furgoneta blanca. El hombre frenó en seco y bajó precipitadamente del vehículo. La mujer le siguió poco después. Los dos se abalanzaron sobre las sillas. Con parsimonia, el portero les dijo que había más, y si querían llevárselo. El hombre, inquieto, le

preguntó dónde estaba el material.

—En el quinto B. Ésta es la señora.

Media hora después, a Vanessa la habían librado de todo el mobiliario desvencijado que le habían alquilado con el piso, y que durante tres años había odiado por el sitio que le quitaba y por el estilo que no casaba ni a tiros con sus enseres de diseño. Para ella no era más que basura, un engorro, una pila de material de desecho que se veía obligada a soportar por la cerrazón de un casero cascarrabias que no entendía que eso no le iba a servir ya nunca, que cualquier otro inquilino desearía, como ella, tirarlo.

Para aquellos jóvenes, en cambio, era un tesoro. Para ellos mismos, o para revenderlo a la gente que estaba tan mal que ya ni podía pagarse los muebles de IKEA. Cómo estaba el patio.

EL SEXO DE LOS KARATECAS

La karateca no se encontraba en el lugar más a propósito para reflexionar. O sí, según se mirase. Por una parte, era cierto que podía dedicar a la meditación tanto tiempo como nunca antes. Aparte de entrenar, para no perder la elasticidad, los reflejos y el tono muscular, poca cosa más se podía hacer allí. Pero, por otro lado, sucedía que en aquel lugar lúgubre, impregnado sin remedio de la desolación, la derrota y la rabia de tantos (además de su propia angustia) le resultaba casi imposible lograr que su razonamiento funcionara con una mínima fluidez.

Se sorprendía una y otra vez repitiendo las mismas cavilaciones, o mejor dicho el mismo arranque, porque a medio camino la mente se le espesaba, las ideas se le trababan en una especie de pasta grumosa y volvía a verse como al comienzo. Desorientada, perpleja y, lo que era peor, sin la menor esperanza.

Comprendió relativamente pronto que iba a pasarse allí (o en cualquier otro establecimiento similar) un buen número de años. Pese a todo, su lógica pudo establecer la correspondencia entre los hechos que iban a quedar probados (demasiados testigos, demasiadas veces, durante demasiado tiempo) y una consecuencia legal tan atroz como ineludible. En algún momento, antes de que se le cayera todo encima, había considerado la posibilidad de acabar así. Y de algún modo somero, pero efectivo, había asumido aquella eventualidad como un riesgo cierto y no excesivamente improbable, aunque día a día, como casi todos los humanos, había preferido creer que la suerte la acompañaría.

Pero su cerebro volvía una y otra vez al principio. A aquellos actos concretos, y a la filosofía de vida y el compromiso de perfeccionamiento individual a que obedecían. Y sobre todo, a cómo los había sentido ella, al margen de lo que dijeran las leyes escritas y aplicadas por hombres y mujeres que desconocían el sacerdocio de las artes marciales, el afán absoluto, genuino y sincero que desde su hipocresía perezosa ellos nunca podrían compartir y mucho menos interpretar como era debido.

Recordó las palabras de su maestro, cuando les recordaba el ejemplo de los guerreros espartanos, que eran instruidos en el arte de la espada por un mentor que los iniciaba también en las lides de la carne encendida por el deseo que sólo se sacia con otro cuerpo. A ella se lo había contado por primera vez cuando apenas contaba doce años y bajo sus músculos fibrosos abultaban y reventaban ya sus primeras formas de mujer. Después le había hecho lo que los veteranos espartanos hacían con los novatos a su cargo, y a ella, que desde que pisó el tatami había aceptado la necesidad de consagrarse por entero a ese camino de autodomínio y proyección exacta de su cuerpo que era el kárate, le había parecido todo bueno y natural, además de placentero.

Por eso, andando el tiempo, y siendo ella ya maestra y guía de otros en su amada disciplina, había realizado con idéntica espontaneidad y decisión el rito de iniciación carnal con otros púberes de ambos sexos. No se le escapaba que eran menores de

edad, no ignoraba que la ley lo prohibía y castigaba, pero, en su perspectiva, eso no revelaba sino la miopía de la ley. Era un ejercicio que aumentaba el control del propio cuerpo, una gimnasia a la que el cuerpo estaba destinado tanto como a la lucha, y que no tenía sentido retrasar por tontos y trasnochados remilgos.

Fue al cabo de varios meses cuando en su mente se insinuó una sospecha atroz. La de que el maestro, abusando de la niña disciplinada que un día sus padres le confiaran, había hecho de ella, por inocente, un monstruo aún peor que él mismo.

GOLPES DE SUERTE

Se llamaba Urquhart y era un *highlander*. Dos rasgos que acaso lo predestinaban al infortunio. Urquhart se llaman las ruinas que antaño fueran un castillo y que se asoman al lago Ness, dando testimonio de una lejana derrota. La que sufrieron precisamente los *highlanders*, los habitantes de las tierras altas escocesas, en su empeño por repeler y expulsar al invasor inglés, que después de aplastarlos se recreó arrasando sus fortalezas y dejando los escombros como recordatorio del escarmiento.

Nació mucho después de aquella debacle, cuando los *highlanders* ya no eran rebeldes, sino disciplinados soldados de Su Graciosa y usurpadora Majestad. En tal condición le tocó formar parte del contingente británico en el Sudeste asiático, allá por los comienzos de los 40 del siglo xx. Un mal lugar y un mal momento para servir bajo la *Union Jack*. Junto a otras decenas de miles de soldados, acabó en un campo de concentración, y enrolado a la fuerza como peón de brega en la construcción de un puente sobre un río de escueto nombre: Kwai. Con la historia hicieron andando el tiempo una bonita película, pero la realidad tuvo poco de vistosa. Fiebres, latigazos, mutilaciones, violaciones... Los japoneses no dejaron de probar con ellos ninguna canallada que la mente humana pueda concebir para atormentar al semejante. Para colmo, los hacinaban sin comida en agujeros donde terminaban dándose entre ellos casos de canibalismo. Fueron tiempos intolerables, que una y otra vez creyó que no superaría. Que ni siquiera merecería la pena superar.

Vinieron a salvarlo, justamente, las fiebres. Enfermó, como muchos otros, y sus carceleros, contra todo pronóstico, decidieron evacuarlos en lugar de dejarlos morir. Necesitaban esclavos, y había que darles a aquéllos una oportunidad de volver a ser útiles. Los embarcaron con rumbo a Japón. Pero en la travesía vinieron a cruzársele, otra vez, su mala y su buena suerte: tomaron la forma de un certero torpedo disparado por un submarino yanqui, que hundió el buque japonés. La explosión lo despidió hacia arriba como un corcho de champán y cayó al mar, donde tuvo reflejos y vista para encontrar algo a lo que agarrarse.

Un ballenero nipón se encontró al naufrago. La fortuna y la desgracia juntas otra vez: lo salvaron de ahogarse, pero lo condujeron a un campo de concentración en Nagasaki. Y allí estuvo hasta el día en que sintió una extraña deflagración. Por si le faltaba algo, le acababa de caer encima una bomba atómica. Cortesía, de nuevo, del Tío Sam. El concienzudo fuego amigo.

Llegó a la capitulación japonesa, y finalmente regresó a casa. Del bombazo nuclear sacó algo más que un extravagante recuerdo: cáncer de piel y artritis galopante (y dolorosa). Pero medio siglo después, seguía vivo, y tuvo que escribir un libro para contarlo. *The Lost Highlander*, o lo que es lo mismo, *El montañés perdido*. Urquhart, en versión humana, evoca la resistencia de esos pertinaces derribos de piedra que se llaman igual. Tras la catástrofe, la persistencia, así sea precaria. La

memoria.

Me dedico a contar historias. A veces busco que transmitan una enseñanza, un pensamiento, una emoción, algo. Nunca habría sido capaz de inventar la historia de Urquhart, el *highlander* perdido, machacado, inmortal. Pero tras tropezármela, no puedo olvidarla. No puedo dejar de consignarla, de admirarla, de acariciarla en sus pliegues y sus giros delirantes. Es tan hermosa y tan convincente. Nos revela hasta qué punto la desdicha y la ventura se anudan, nos construyen. A golpes de suerte.

UN POCO DE ESTADÍSTICA

He pensado muchas veces en esa noche. Por alguna razón, tuvo algo distinto de las otras. Entonces no vi el qué. Ahora me hago una idea más precisa. Será verdad que a veces sabemos cosas que no sabemos, que la mente intuye lo que el ojo no ve.

Estaba buena, la verdad. No es que eso fuera un requisito. Otras muchas no lo estaban, o no tanto como para que me hubiera fijado en ellas en caso de encontrármelas en un bar de carretera en el que hubiera sólo un par de tías más. Lo que importaba, con ella como con las otras, era que estaban disponibles. Tan disponibles como cabía desear. Y además, salían gratis. Con esas facilidades, no iba uno a ponerse demasiado exigente.

Irrumpí en su celda de madrugada. La experiencia me decía que era el mejor momento. Algunas se asustaban y empezaban a gritar. En ese caso, corregía el tiro sobre la marcha. Fingía haber entrado a efectuar una inspección sorpresa y tras hacer un poco el paripé dejaba que siguieran durmiendo. No me gustan los escándalos, y no soy de los que se ciegan y se empeñan a toda costa en seguir con lo que han empezado cuando resulta evidente que se han equivocado de objetivo. Soy un tipo cerebral.

Con las otras, con las que al verme entrar se quedaban calladas, seguía con el plan previsto. Me quedaba mirándolas, dejando que comprendieran, y calibrando cuál iba a ser su reacción. Lo mismo hice con ella, que para mi satisfacción resultó ser no sólo de las que callaban, sino de las que devolvían la mirada fijamente. Tengo que reconocerlo: eso me estimula.

No me anduve con muchos preámbulos. Me desabroché el cinturón, dejé que el pantalón bajara un poco, le señalé la baldosa donde esperaba que hincara las rodillas y esperé a que dedujera por sí sola lo demás. Pero se quedó quieta sobre el catre, como si no captara el mensaje. Le insistí en él con un leve movimiento de barbilla, sin resultado. Entonces la tomé del hombro y tiré de ella hacia abajo. Se sacudió y meneó la cabeza.

Bueno, era otra posibilidad. No me disgustaba. La docilidad es agradable, pero tampoco me amarga tener que ejercitar un poco los músculos. La ayudé a entender la situación con un poco de estadística. Cada año, decenas de miles de reclusos se ven forzados a mantener relaciones no consentidas en las prisiones estadounidenses. De estos, más del 10 por ciento son violentados por los propios funcionarios. Lleva siendo así desde hace décadas. Y no pasa nada. El sistema lo tolera perfectamente. No hay especial interés en proteger la integridad corporal de los internos. No más allá de lo que sirva para guardar un poco las apariencias. Y yo, le dije, soy todo un experto en ese arte.

La desvestí de cintura para abajo, la tumbé bocabajo sobre la cama y me apliqué a la faena. Con los años, he desarrollado bastante bien la técnica. Sé cómo sujetarlas sin magullarlas, y también protegerme para no dejar huellas. Juraría que con ella no fue

distinto, que no cometí ningún error. Soy diestro con las manos, y también con otras cosas, y la operación la completé sin contratiempos. Bueno, quizá me aturullé un poco al salir. Me pareció oír que alguien venía por el corredor, y en la semioscuridad en que sucedía todo, debí de tener un descuido.

Si no, no se explica. Que cuando la muy desgraciada saliera, pudiera tenderme la trampa. Había tenido otras denuncias, e hice como en las anteriores: negarlo todo. Mi palabra contra la suya, pensé. Pero ella tenía algo más. Durante dos años guardó, sin lavar, una prenda íntima impregnada con mi ADN. Y ahora, soy yo el que está dentro. Del trullo, y de la estadística.

APÉNDICE

PRECEDENTES (2001-2008).

FIJO EN LA PANTALLA

—Mira, Sammy, si mandamos este informe así ya podemos irnos buscando empleo. Y te aseguro que no vamos a encontrarlo en un lugar con unas vistas tan estupendas.

Noto que a Samantha le duele mi observación. Por un momento me siento cruel e injusto. A fin de cuentas, ella no tiene la culpa de que los de Frankfurt esperen nuestro informe para antes de las tres y media (hora alemana) ni tampoco de que apenas nos hayan dado un día para prepararlo. Pero ésta es la vida que los dos hemos elegido, y no la ayudaré a prosperar si me compadezco de ella o la protejo de los ogros. Tiene que acostumbrarse; el mundo es un lugar jodido.

—Joe, Willi Klein al teléfono —me grita Shauna, desde su mesa.

—Mierda, el que faltaba.

Sopeso si pedirle a Shauna que le dé una excusa al hombre que me persigue. Comprendo que es inútil. Le pido a Samantha:

—Hazle los retoques que te he dicho. Y ándate con mil ojos con los números, que no vamos a tener tiempo para revisarlos.

A mi ayudante le escuece la advertencia, que le deja bien clara mi falta de fe en su meticulosidad. Cojo el teléfono.

—*Guten Tag*, Willi.

—¿Lo tenéis? —me urge la voz con acento alemán, sin perder un segundo para saludarme.

—Un borrador. Lo estamos puliendo.

—Lo necesito ya. Echa lo que tengas al correo electrónico.

—¿Qué hora es ahí?

—Las tres menos cuarto, casi —responde, nervioso.

—Me dijiste antes de las tres y media.

—Esto cambia rápido, Joe, no hace falta que te explique. Si no lo tengo antes de cinco minutos es como si no lo tuviera.

Se supone que me pagan por saber siempre qué hacer y qué decir. Pero por un momento, siento que el tiempo se detiene y que en ese instante quedo despojado de cualquier capacidad de reacción. Miro al otro lado de la ventana, a esta luminosa mañana de septiembre en Nueva York. Veo los transbordadores que surcan el Hudson, las paredes plateadas de la torre norte. La primera vez que vine a esta oficina del piso 91 y vi la ciudad tendida a mis pies, pensé que iba a trabajar en la cima del mundo. Y me acordé del suburbio polaco de Milwaukee donde nací, y del camino que había recorrido entre medias (mendigando becas, despachando *pizzas*, hamburguesas, *bagels*, etcétera). Aquel otro Joseph Korzeniowski, el que salió de Cracovia en 1937, con una mano delante y otra detrás, nunca hubiera imaginado que su nieto ganaría más de cien mil pavos al año antes de cumplir los treinta...

Lo veo antes de oírlo. Una fracción de segundo, infinita, hasta que llega el estruendo. El temblor. Algo acaba de reventar la torre norte. Lo pienso antes de

comprenderlo. Luego oigo chillar a Shauna y veo a Samantha, que tropieza con su mesa y no cae de milagro.

—Joe —suenan la voz de Willi en el auricular—. Joe, pero qué c...

No sé si he cortado yo la comunicación o se ha cortado sola. Observo lo que ocurre enfrente, tan cerca. El estallido de fuego y cristal, el humo oscuro. Shauna sigue chillando y a Samantha parece que le hubieran desconectado el cerebro. De otros departamentos llegan gritos. A través de la puerta entreabierta veo cómo algunos se acercan hacia los ventanales, temerosos y a la vez sin poder evitarlo. Hago lo mismo.

—Esos jodidos bastardos —aúlla Shauna—. ¡Lo han hecho, joder, lo han hecho! Como en el 93, pero esta vez lo han conseguido.

Se vuelve hacia mí. Me escruta, furiosa. Noto, en el fuego de sus ojos, que en este momento no reconoce en absoluto mi jefatura sobre ella. Nunca le he sido muy simpático, y siempre ha estado convencida de que me vería caer, como ha visto caer antes a otros chicos listos que pasaron por aquí. Pero ahora no me odia por nada personal. Me odia porque tiene que odiar a alguien.

El espectáculo resulta increíble. La torre norte es una gigantesca antorcha que suelta a borbotones un humo siniestro.

—Tenemos que largarnos, en seguida —vuelve en sí Shauna, y empieza, atropelladamente, a recoger sus pertenencias.

—No nos pongamos nerviosos —digo—. Si es necesario, ya nos darán la orden de evacuación. Las torres son independientes.

Shauna menean la cabeza.

—Estás idiota. ¿Quién te dice que no han puesto otra bomba aquí?

—¿Dos bombas? Ya les habrá costado bastante poner una —razono, no sé si queriendo convencerla a ella o a mí mismo.

—¿Ha sido una bomba? —pregunta Samantha, incrédula.

—Mientras seguís charlando, yo me voy —se despide Shauna.

Samantha y yo la vemos desaparecer en el pasillo. Pasan otras personas, en ambas direcciones. Llevan la mirada extraviada, alguno se asoma, parece que va a preguntar algo, vuelve a irse.

—¿Qué está pasando, Joe? —murmura Samantha.

—No lo sé —confieso.

—¿Qué hacemos?

Shauna ya ha dejado de ser asunto mío, pero comprendo, al mirarla, que Samantha hará lo que yo le diga. Y eso no es precisamente un alivio.

—Quizá Shauna tenga razón —admito—. Habrá que irse, por si acaso.

—¿Y el informe?

El informe. Willi. Lo imagino, en una de esos grises mediodías de Frankfurt. Con los ojos fijos en la pantalla esperando que le entre el *e-mail*. Eso, por lo menos, es algo concreto, un terreno que domino.

—Cógelo tal y como está y mándaselo por correo electrónico. Podemos perder quince segundos más.

Mi voz ha sonado firme. Como me gusta hacerla sonar. Haber tomado la decisión, las dos decisiones (mandar el informe deficiente, abandonar luego el despacho) me reconforta.

Samantha se sienta en su ordenador y maniobra con el ratón. Lo hace con rapidez, sin titubeos. De pronto la veo fruncir la nariz.

—Pasa algo. No conecta.

—Prueba otra vez —le digo, mientras me pongo la chaqueta y cierro mi ordenador.

—Nada, no hay manera.

Ha aparecido de pronto. Un pájaro de acero, virando sobre el río, bañado de sol. Viene deprisa, pero aun sin poderlo aceptar, sin poder creer que es verdad lo que me muestran mis ojos, me doy cuenta de que apunta derecho hacia aquí. No aviso a Samantha, que sigue forcejeando con su ordenador. El avión llega con un rugido, desaparece bajo mis pies, en las entrañas de la torre. Sacude todo.

Corro hacia Samantha. Alguien ha de abrazarla, ahora. Pienso apenas en Willi, al otro lado del mundo. Fijo en la pantalla.

CAMPAÑA DE NAVIDAD

«En el combate entre tú y el mundo,
ponte de parte del mundo».

FRANZ KAFKA

Sentado ante su mesa, Jorge miraba absorto el folio en blanco que acababa de depositar sobre ella. Un rotulador azul descansaba junto a él. El resto del tablero estaba completamente despejado. Era así como le gustaba pensar, cuando tenía que inventar algo. Era así, también, como había encontrado sus mejores ideas, las que le habían valido varios premios, su actual puesto de trabajo y el sueldo con el que podía pagar dos hipotecas y la letra de un coche. Después de todo, se dijo una vez más, era un privilegiado: desde hacía meses éste era su mantra y se obligaba a recordarlo todos los días, cuando la pena apretaba.

Desde hacía meses, las ideas tardaban algo más en salir. Incluso alguna le salía a medias, como si no estuviera cuajada del todo, o eso le parecía a él. Los demás trataban de tranquilizarlo, lo felicitaban con más énfasis que antes, le decían que iba mejor. Pero la idea que ahora tenía que sacarse de dentro le resultaba tan difícil que dudaba de su capacidad para salir airoso del reto. Una campaña de Navidad. Para una marca de cava.

Habría hecho antes una media docena de campañas como aquélla, sin mayor esfuerzo. Ni el anunciante ni el público esperaban que fuera muy original, casi cualquier cosa les valía: una música emotiva, unas chicas guapas, unos vestidos vistosos, unos fuegos de artificio; ni siquiera hacía falta una historia.

Pero esta vez no podía hacer cualquier cosa y, sobre todo, no podía hacerla con la frialdad de antes. Reparó en que nunca, al crear una campaña navideña, había pensado en todos los que viven con angustia esos días. Nunca había creado la campaña dirigida a quien está lejos de su casa, a quien ya no verá nunca más a su hijo, a quien ha perdido el empleo y no puede comprar lo que le están anunciando, a quien no tiene paz dentro de sí y a nadie puede darla ni pedirla. A él nunca le había gustado mucho la Navidad, y siempre hacía la misma broma cuando se lo afeaban: él respetaba el derecho de otros a celebrarla cuanto quisiesen, lo único que reclamaba era el suyo a no sufrirla. Pero entonces no sabía, realmente, lo que podía ser sufrir la Navidad.

Tomó el rotulador y escribió:

«Un hombre solo. Una botella de cava. Una copa a medio llenar. Las burbujas que suben desde el fondo. Un televisor sin sonido. En la pantalla, el reloj de la Puerta del Sol marca las doce y un minuto. El hombre sonríe y alza la copa. Sobre su imagen, el eslogan: TAMPOCO ÉSTA VA A PODER CONTIGO».

Jorge releyó el folio. Tenía que seguir pagando dos hipotecas. Y debía pensar, también, en el anuncio que les gustaría ver a Álex y a Paula. Sus niños. Sacó otro folio y empezó de nuevo:

«Una joven vestida de fiesta...».

Y PRÓSPERO 2009

Rufus H. Washington III contempla el atardecer. Recuerda con nostalgia que hasta hace unos pocos meses podía mirarlo desde el porche de su casa. No puede decirse que fuera una buena casa, pero desde luego era bastante mejor que el lugar donde ahora vive. Y además era suya. Bueno, hasta cierto punto. Aunque las escrituras de propiedad estaban a su nombre, sobre ella pesaba una hipoteca que superaba con mucho sus posibilidades económicas.

No siempre había sido así: hasta hace cinco años la casa figuraba en el registro a nombre de otro propietario, John Seymour, al que Rufus mal pagaba el alquiler. Pero un día apareció el vendedor de hipotecas y le ofreció una solución que significaba, o así parecía entonces, el fin de los problemas para Rufus y para su casero: el banco le prestaría el dinero necesario para comprar la casa en la que vivía. Incluso más dinero aún. Porque, como todo el mundo sabía, con el tiempo la casa se iba a revalorizar, y esas expectativas futuras podían convertirse en riqueza inmediata. La hipoteca podía formalizarse a 40 o 50 años, con lo que sus vencimientos serían muy inferiores a lo que pagaba de alquiler.

Rufus juzgó que aquello era una buena idea, y le asombró que a nadie se le hubiera ocurrido antes. Tomó el préstamo, compró la casa. John Seymour se fue contento con su dinero y Rufus dejó de soportar mensualmente sus molestos recordatorios. Además, para celebrar su súbito cambio de fortuna, y aprovechando el exceso de efectivo que el banco había puesto en sus manos, Rufus se compró un coche nuevo. Un Ford todoterreno de inmenso maletero, lo que siempre había soñado y nunca se había podido permitir.

Rufus suspira, recordando aquellos días de euforia. Luego vinieron las rebajas. La pérdida de su empleo precario. La ejecución fulminante de la hipoteca, al tercer impago, porque a la exigua solvencia de Rufus se unió la vertiginosa pérdida de valor de su casucha y el responsable de cobros del banco comprendió que no había tiempo que perder si quería recuperar algo de lo que habían apostado a aquel caballo perdedor. Ahora a Rufus le toca celebrar la Navidad en el único lugar donde ha encontrado refugio. Una gran explanada de aparcamiento, donde vive en el maletero de su todoterreno, como otros varios cientos de desahuciados. Mientras mira el atardecer a través de los cristales del vehículo, envuelto en sus mantas polares, medita sobre si tiene sentido salir al frío para felicitar a sus vecinos. Qué puede desearles para estos días, o para el 2009 que llama a las puertas. Que las cosas no vayan aún peor.

El excasero de Rufus tampoco es feliz. No sólo vendió la casa de Rufus. Poseía cinco más, todas ellas alquiladas a chusma mal pagadora. De todas se deshizo, con lo que juntó un par de hermosos millones de dólares. Fue a su banquero de toda la vida, que se lo colocó en uno de esos modernos productos financieros de Wall Street. Su

capitalito le daba al mes, puntual como un reloj, más de lo que a duras penas les sacaba a sus antiguos inquilinos. Hasta que se descubrió que los activos en que había invertido su fortuna no valían nada, porque estaban materializados en créditos fallidos. Así que esta Navidad también es negra para él. Antes, al menos, tenía seis casas, seis inquilinos y, mal que bien, cuando fallaba uno, pagaba el otro. Ahora está a cero.

Rufus duerme en un maletero. John ya no tiene propiedades. Pero no todo son desastres en esta Nochebuena de 2008. En alguna parte, seguro, hay alguien que ha ganado lo que ellos dos han perdido. Alguien que se dispone a vivir, en medio de la indigencia ajena, un aún más próspero 2009.



LORENZO MANUEL SILVA AMADOR, en palabras de él mismo, nació el 7 de junio de 1966 en la maternidad del antiguo hospital militar Gómez Ulla, ubicado en el límite entre los distritos de Latina y Carabanchel de Madrid. Ha vivido un buen trozo de su vida (entre 1971 y 1985) no demasiado lejos de allí, en Cuatro Vientos (distrito de Latina). Entre 1993 y 1994 fue vecino de la Ciudad de los Ángeles, también en Madrid (distrito de Villaverde). Durante el resto de su existencia ha tenido su domicilio en Getafe, en tres etapas: 1966-1971, 1985-1993 y desde fines de 1994 hasta la fecha. Haber regresado dos veces le sugiere que este pueda ser su lugar en el mundo, aunque por otra parte necesita la proximidad de su Madrid natal y por eso su casa getafense dista unos diez kilómetros del parque del Retiro. Desde el verano de 2015, no obstante lo anterior, ha encontrado otro espacio vital en Illescas, en la raya de Toledo con Madrid. Así se ha hecho definitivamente manchego, o lo que es lo mismo, de cualquier parte y de ninguna. Nada mejor que ser y sentirse un poco extranjero doquiera que uno va.

Como a veces la vida no ofrece excesivas facilidades para que uno haga lo que desea, estudió Derecho en la Universidad Complutense y estuvo trabajando como abogado de una gran empresa del sector energético desde 1992 hasta 2002, tras pasar un año como auditor de cuentas y otros dos como asesor fiscal en una firma multinacional.

Sin embargo, su camino siempre fue otro. Desde que iniciara su dedicación a la literatura, allá por 1980, ha escrito unos cuantos cientos de relatos y artículos, un puñado de ensayos literarios e históricos, varios libros de poesía (llamémosla así), una obra dramática (de muy ingenua factura), un par de libros de viajes y veintiséis

novelas. De todo ello, tras su decisión de abandonar en plena adolescencia la poesía y el género dramático, para los que no sintió que estuviera especialmente dotado, ha publicado hasta la fecha un buen número de relatos y artículos (dispersos en revistas y periódicos diversos) y los siguientes libros:

• *Viajes escritos y escritos viajeros* (Anaya, Madrid, 2000). Ensayo sobre literatura de viajes. • *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos* (Ediciones Destino, Barcelona, 2001). Relato de viajes. • *Laura y el corazón de las cosas* (Ed. Destino Infantil, Barcelona 2002). Álbum infantil ilustrado por Jordi Sábat. • *El déspota adolescente* (Ed. Destino, Barcelona, 2003 y Booket, Barcelona, 2007). Libro de relatos. • *Nadie vale más que otro* (Ed. Destino, Barcelona, 2004 y Booket, Barcelona, 2005). Libro de relatos. • *Líneas de sombra. Historias de criminales y policías* (Ed. Destino, Barcelona, 2005). Libro de reportajes y ensayos. • *En tierra extraña, en tierra propia* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2006). Recopilación de relatos y ensayos de viajes. • *Pablo y los malos* (Ed. Destino Infantil, Barcelona, 2006). Álbum infantil ilustrado por Violeta Monreal. • *Y al final, la guerra. La aventura de las tropas españolas en Irak*. (La Esfera de los Libros, Madrid, 2006, y Crítica, Barcelona, 2014, edición corregida y aumentada). Libro-reportaje, coescrito junto a Luis Miguel Francisco. • *La isla del tesoro* (EDAF, Madrid, 2007). Adaptación para niños de la novela de Robert Louis Stevenson. • *Muerte en el «reality show»*. (Rey Lear, Madrid, 2007). Relato aparecido anteriormente en prensa. • *El Derecho en la obra de Kafka* (Rey Lear, Madrid, 2008). Ensayo. • *Albéniz, el pianista aventurero* (Anaya, Madrid, 2008). Álbum infantil ilustrado por Ignasi Blanch. • *Mi primer libro sobre Albéniz* (Anaya, Madrid, 2008). Álbum infantil ilustrado por Ignasi Blanch. • *El videojuego al revés* (San Pablo, Madrid 2009). Álbum infantil coescrito con Laura Silva e ilustrado por Violeta Monreal. • *Sereno en el peligro. La aventura histórica de la Guardia Civil*. (Algaba-EDAF, Madrid, 2010). Ensayo histórico. • *Tres mil metros en la noche* (Ed. Destino, Barcelona, 2011)... • *El misterio y la voz* (Ed. Destino, Barcelona, 2011). Ensayo. • *Los trabajos y los días* (Libros.com, Madrid, 2012). Dietario (blog). • *Todo suena* (Clínica Universidad de Navarra, Pamplona, 2012). Relato-reportaje. • *El hombre que destruía las ilusiones de los niños* (Tagus, Madrid, 2013, y booket, Barcelona, 2015). Libro de relatos. • *Siete Ciudades en África* (Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2013). Ensayo. • *Historia de una piltrafa y otros cuentos crueles* (Ediciones Turpial, Madrid, 2014). Libro de relatos. • *El sultán desnudo* (Ed. Destino, Barcelona, 2015). Libro de relatos. • *Nadie al timón* (Ed. Destino, Barcelona, 2015). Libro de relatos. • *Ladrones de cerezas* (Ed. Destino, Barcelona, 2015). Libro de relatos. • *Yo no sabía nada* (Ed. Destino, Barcelona, 2015). Libro de relatos. • *Capitanes nada intrépidos* (Ed. Destino, Barcelona, 2015). Libro de relatos.

Pero, sobre todo, lo suyo son las novelas:

• *Noviembre sin violetas* (Ed. Libertarias, Madrid, 1995; Ediciones Destino,

Barcelona, 2000; y Booket, Barcelona, 2003). • *La sustancia interior* (Huerga & Fierro, Madrid, 1996; Ed. Destino, Barcelona, 1999; y Booket, Barcelona, 2004). • *La flaqueza del bolchevique* (Ed. Destino, Barcelona, 1997 y Booket, Barcelona, 1998 y 2003). • *Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia* (Anaya, Espacio Abierto, Madrid, 1997). • *El lejano país de los estanques* (Ed. Destino, Barcelona 1998; DeBolsillo, Barcelona, 2000; y Booket, Barcelona, 2003). • *El cazador del desierto* (Anaya, Espacio Abierto, Madrid, 1998). • *El ángel oculto* (Ed. Destino, Barcelona 1999 y Booket, Barcelona, 2003). • *El urinario* (Pre-Textos, Valencia, 1999; Ed. Destino, Barcelona 2007; y Booket, Barcelona, 2008). • *El alquimista impaciente* (Ed. Destino, Barcelona, 2000, y Booket, Barcelona, 2001). • *La lluvia de París* (Anaya, Espacio Abierto, Madrid, 2000). • *El nombre de los nuestros* (Ed. Destino, Barcelona, 2001 y Booket, Barcelona, 2003). • *La isla del fin de la suerte* (Círculo de Lectores, Barcelona, 2001, y Booket, Barcelona, 2002). • *La niebla y la doncella* (Ed. Destino, Barcelona, 2002 y Booket, Barcelona, 2003 y 2004). • *Los amores lunáticos* (Anaya, Espacio Abierto, Madrid, 2002). • *Carta blanca* (Espasa-Calpe, Madrid, 2004 y Booket, Barcelona, 2005). • *La reina sin espejo* (Ed. Destino, Barcelona, 2005 y Booket, Barcelona, 2006). • *Trilogía de Getafe* (Ed. Destino, Barcelona 2007). Edición conjunta de las novelas *Algún día cuando pueda llevarte a Varsovia*, *El cazador del desierto* y *La lluvia de París*. • *El blog del Inquisidor* (Ed. Destino, Barcelona, 2008 y Booket, Barcelona, 2010). • *La estrategia del agua* (Ed. Destino, Barcelona, 2010 y Booket, Barcelona, 2011). • *Niños feroces* (Ed. Destino, Barcelona, 2011 y Booket, Barcelona, 2012). • *La marca del meridiano* (Ed. Planeta, Barcelona, 2012 y Booket, Barcelona, 2013). • *Suad* (Tagus y San Pablo, Madrid, 2013). Coescrita con Noemí Trujillo. • *Los cuerpos extraños* (Destino, Barcelona, 2014 y Booket, Barcelona, 2015). • *Música para feos* (Destino, Barcelona, 2015).

Con la novela *La flaqueza del bolchevique* quedó Finalista del Premio Nadal 1997; con *El lejano país de los estanques* obtuvo el Premio Ojo Crítico 1998; con *El alquimista impaciente* el Premio Nadal 2000; con *El nombre de los nuestros* quedó Finalista del Premio Ciudad de Cartagena de Novela Histórica 2002; con el álbum *Laura y el corazón de las cosas* (ilustrado por Jordi Sábata) obtuvo el Premio Destino Infantil-Apel.les Mestres 2002-2003; con *Carta Blanca*, el Premio Primavera 2004; con *Sereno en el peligro*, el Premio Algaba de ensayo 2010; con *La reina sin espejo*, el Premio Tormo Negro 2011; con *La marca del meridiano*, el Premio Planeta 2012 y el Premio de la Crítica de Madrid de ese mismo año; y con *Suad*, el Premio La Brújula 2013. En noviembre de 2014 recibió el Premio de Cultura 2013 de la Comunidad de Madrid, en su modalidad de Literatura.

Su obra ha sido traducida al ruso, francés, alemán, italiano, catalán, portugués, danés, checo, árabe, inglés y griego.

Como guionista de cine, ha escrito junto a Manuel Martín Cuenca la adaptación a la gran pantalla de la novela *La flaqueza del bolchevique* (Manuel Martín Cuenca,

2003), por la que ambos fueron nominados al Goya al mejor guión adaptado en 2004. Dicho guión fue publicado en forma de libro posteriormente, junto a otros textos de los coguionistas, bajo el título *La flaqueza del bolchevique* (Lagartos Editores, El Ejido, 2008). También ha escrito, junto a Manu Horrillo y Felipe Vega, el guión del largometraje documental *Rif, 1921. Una historia olvidada* (Manu Horrillo, 2008), y junto a Antonio Onetti el de la película para televisión *20-N. Los últimos días de Franco* (Roberto Bodegas, 2008), distinguida como mejor TV Movie del año con el Premio de la Academia de las Ciencias y las Artes de la Televisión en 2009.

Colabora en prensa y revistas con reportajes, artículos literarios, de viajes y de opinión, y hasta hace de comentarista de radio. Ahora mismo, y mientras no le echen, sus colaboraciones escritas aparecen con regularidad en XLSemanal, diversos periódicos del Grupo Vocento y El Mundo (incluido *elmundo.es*); y de forma esporádica en muchos otros medios (ABC, El País, La Vanguardia, El Diario, infoLibre, etc., porque en la variedad está el gusto). Como comentarista radiofónico ha colaborado en diversos programas en la SER, en la COPE y ABC Punto Radio. También ha publicado aburridos artículos y presentado tediosas ponencias de carácter jurídico en diversos foros profesionales e impartió clases de Derecho Empresarial para postgraduados (todo esto, con la debida moderación). En la actualidad puede seguir disfrutando de la enseñanza con los talleres de narrativa que realiza siempre que puede en el Centro de Poesía José Hierro de Getafe, la Universitat Pompeu Fabra y ocasionalmente en otras escuelas e instituciones.

Desde 2008 es comisario de Getafe Negro, Festival de novela policiaca de Madrid. Y en 2009 y 2011 comisarió junto a Ramón Díaz Eterovic, Santiago Negro, festival de novela negra de Santiago de Chile.

El 15 de noviembre de 2010 fue distinguido con el nombramiento de Guardia Civil Honorario, el 22 de octubre de 2012 con el de Socio de Honor de la biblioteca pública de Carabanchel, su barrio natal, y el 5 de febrero de 2014 fue nombrado Cronista Oficial de la Villa de Getafe.

Lo que precede es lo que suele considerarse un currículum. Naturalmente, Lorenzo Silva es otra persona, y no el tipo que reflejan estas líneas. Pero nadie puede explicarse a sí mismo.

Notas

[1] Esto es una historia 100% real. Nadia resultó tener una trombosis en la pierna. La compañía aérea era Iberia L.A.E. <<

[2] Este relato se inspiró en las primeras noticias aparecidas sobre la detención en México de la ciudadana francesa Florence Cassez, y que la presentaban como culpable de los cargos que en él se refieren. Para recoger todas las versiones, diremos que existen varios comités de apoyo a Florence, incluso en el propio México, que sostienen que su detención e imputación fue un montaje de policías corruptos en el marco de la guerra entre cárteles mexicanos de la droga. <<